This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

1837
ARTES VERITAS SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

1837
ARTES VERITAS SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

860.9
G64E

Estudios Críticos

U. GONZALEZ SERRANO

ESTUDIOS CRÍTICOS

MADRID
Escuela Tipográfica del Hospicio
Fuencarral, 84
1892

AL LECTOR

Sine ira et studio, libre de toda mala pasión y con el deseo de recoger el espíritu de la cultura moderna en perspectivas de conjunto (tal es al menos el propósito), se reune en este libro serie de trabajos, estudios ó artículos (el nombre no hace al caso) que, aparte su diversidad aparente, conservan entre sí un lazo más ó menos íntimo.

Juzgando á los que fueron, leyendo y pretendiendo hacer la crítica de algunos libros, meditando sobre las ideas esparcidas en otros, moviendo la propia espontaneidad con aspiración á un cierto orden reflexivo (condición

338296

de toda labor científica), se indican (no se resuelven, ni esa es la obra única de la crítica) problemas, que fueron de ayer, que, modificados en su expresión y su alcance, interesan hoy y que conservarán (si no se ha de dudar de la eficacia del pensamiento en la vida) su trascendencia para lo porvenir.

Lo actual, lo presente, lo que vive y nos rodea es algo más que el vano aparecer y desaparecer de las cosas; en medio del vértigo que nos arrastra, queda algo que subsiste, el lastre con que contribuímos todos (cada cual en su límite) á determinar el sentido de la cultura común, *pan espiritual* que nos nutre. Ni vale despreciar el presente con un criterio idealista (ya lo dijo el poeta, «cualquiera tiempo pasado fué mejor»), ni prescindir de su innegable valor. Si declaró Goethe que «el presente es una poderosa divinidad» y Schopenhauer que «sólo lo presente es real», mientras lo pasado y lo porvenir constituyen *caput mortuum*, Renan afirma que, aunque el cono-

cimiento del presente sea menos instructivo que el del pasado, revela aquél una de las fases de la realidad (desde luego la que más hondamente nos afecta) que merece ser estudiada. Para hacerlo en alguna de sus manifestaciones y juzgarlas según nuestro leal entender y saber, nos han servido de guía un sentido de libre crítica, excitado por el acicate de la duda especulativa, y un anhelo de lo mejor ó esperanza moral en la perfectibilidad del individuo y en el progreso de la especie.

Del resultado juzgue en definitiva el lector, y juzgue, si á ello se siente dispuesto, con la equidad y benevolencia (nunca reñidas con la justicia y la cultura) que del fondo del alma anticipadamente le agradecemos.

REVILLA

D. Manuel de la Revilla

REVILLA

DISPONIÉNDOSE el autor de este libro á coleccionar los trabajos que le constituyen, se encontró con un juicio crítico, que hacía de la oratoria y del pensamiento, algo oscilante, del Sr. Revilla en Diciembre de 1878, tres años antes de que el querido é inolvidable amigo fuera presa de la terrible enfermedad que le arrebató del mundo de los vivos. El que le escribió (el autor de este libro) tenía con Revilla, en aquella época, interrumpidas sus relaciones amistosas, y cumple á la lealtad de su conciencia y á la sinceridad de sus sentimientos de justicia, transcribir íntegro aquel juicio, para que el lector pueda, si gusta, compararle con el que más tarde y con ocasión más triste hubo de hacer del malogrado crítico. Dice así el juicio que en aquella ocasión me sugirió el discurso de Revilla:

«A pesar de sus detractores, es el Ateneo de Madrid un centro que honra á España por el vivo interés conque en él se debaten los más arduos y difíciles problemas de la ciencia. Asociación que vive al am-

paro de la libertad del pensamiento, mantiene constantemente despierta la atención de las gentes cultas hacia las cuestiones que más de cerca tocan á los altos intereses de la verdad.

Se debate en el presente curso, en la Sección de Ciencias morales y políticas, el gravísimo problema de la organización de la instrucción pública. Había tomado ya la discusión algún vuelo con el intencionado, aunque kilométrico discurso, del Sr. Carballeda, ultramontano de los *gubernamentales*, que casi se confunden en el doctrinarismo con los moderados. A tal discurso ha contestado el último lunes el Sr. Revilla con una peroración de las más bellas que le hemos oído. Abordando franca y resueltamente el problema; haciendo gala, quizá exagerada, de atenerse á lo práctico y á lo actual, y no excediendo los límites del sentido común y de la cultura corriente, ha empleado el Sr. Revilla el arma terrible de su acerada palabra y de su agudísimo ingenio en dirigir golpes contundentes al ultramontanismo, y con él á toda doctrina ecléctica, que pone en tela de juicio el más sagrado de los derechos de la conciencia: la libertad del pensamiento. Como demócratas y como libre pensadores, damos la más cordial enhorabuena al Sr. Revilla; y nos la damos á nosotros mismos, dejándole íntegra la gloria y legítima reputación conquistada, pero pidiéndole participación humilde en su triunfo, que es también nuestro.

Anticipamos sinceramente nuestro elogio al señor Revilla, y hacemos nuestra su causa en la defensa de

los más sanos principios del pensamiento libre, para poder con más desembarazo hacer ahora algunas consideraciones respecto á la parte afirmativa del discurso del Sr. Revilla.

Aparte su desdichada y rápida exhibición política en época no lejana, la vida y representación del Sr. Revilla están concentradas en el Ateneo, donde ha hecho campañas á veces tan contradictorias, que sólo el gran ingenio de que está dotado ha podido librarle de una desautorización completa. Es tenido, quizá por tal motivo, como hombre *escéptico*. No le consideramos como tal; antes bien creemos que la viveza de su talento, la rapidez de su comprensión, y más que nada su pueril deseo de llegar á afirmaciones definitivas en el pensamiento, desconociendo el carácter y trascendencia de la cultura actual, le llevan á cambiar constantemente, sin gran meditación, de manera de pensar, aunque se mantiene siempre fiel á las primeras y más fundamentales exigencias del pensamiento libre.

Conserva, según él gráficamente expresa, la fibra de libre pensador con un buen sentido superior á lo que él mismo cree, pues estimamos que sus alardes de descreído constituyen, por fortuna para él, un *volterianismo de pega*.

Es, en medio de todo, siervo el Sr. Revilla de las veleidades de la moda, que también imperan en la ciencia, y es frecuente oirle en un mismo curso académico poner en la picota del ridículo al krausismo, por anticuado, para proclamar un neokantis-

mo, que no sabemos á qué obedece ni qué fin lleva implícito; á reserva de que le parezca aún poco y se declare partidario de Spencer, y haga gala de un *positivismo amanerado*. Nos maravilla que después se atreva el Sr. Revilla á tachar al Sr. Moreno Nieto por su afán de estar siempre al tanto de lo que piensan las novísimas autoridades científicas, y señalar, según dice en su frase favorita, las actuales corrientes de la Europa culta.

De la lectura de algún trabajo de Wundt, mostrando el valor de la ciencia por sí mismo, ha sacado el Sr. Revilla su primera afirmación, algo gratuitamente formulada: la de que entre la instrucción y la educación hay, más que distinción, separación completa. A riesgo de entrar en terreno vedado, podríamos aducir al Sr. Revilla la autorizada opinión de Spencer, que jamás se atreve á negar *la unidad del proceso mental*, aunque le descomponga en multitud de aspectos para estudiar las distintas fases de su evolución. Entre los más radicales pensadores se estima la vida moral de individuos y sociedades como conciben los físicos el dinamismo general de las fuerzas naturales, como transformación sucesiva de unas en otras fuerzas. No supone tal tesis separación entre la instrucción y la educación; lleva, por el contrario, implícito el sentido de un obligado eco y resonancia de unas en otras potencias, mediante su transformación recíproca en la evolución general de la vida. Y si algún valor tuviera para el Sr. Revilla la nota atribuída por el antiguo espiritualismo á la

vida anímica, la de la *simplicidad*, creemos que no podría justificar de ningún modo su aserto de que la instrucción puede hablar seca y abstractamente á la inteligencia, sin hacer surgir del fondo mismo de la percepción un sentimiento correspondiente que colabora con aquella á mover la voluntad.

Más abstracta é infundada aún nos parece la idea que exponía después el Sr. Revilla de la educación, que tiene para él como base inquebrantable la herencia, lo ingénito y algo que se roza también con el moderno determinismo moral. Lo que esto alienta la pereza nativa del hombre, la sombra que da á la indiferencia y á cierta desconfianza del progreso humano debe saberlo el Sr. Revilla mejor que nosotros, cuando se complace casi siempre en revelar sus ribetes de un pesimismo puesto hoy en moda entre la aristocracia intelectual de los germanos.

La herencia y el determinismo son inducciones hasta hoy poco justificadas; tienen en su contra, usando el tecnicismo lógico, *instancias contrarias*, y aun sus más acérrimos partidarios no se atreven á señalarlas como límites infranqueables para la iniciativa individual: ¿por qué se ha de empeñar el Sr. Revilla, con su ardor positivista de neófito, en extremar tales hipótesis? ¿Acaso no comprende el Sr. Revilla que estas *absolutas*, estas tendencias á convertir lo problemático en apodíctico, revelan su antiguo abolengo de metafísico? Si el hombre, aun admitida la influencia de los motivos, puede modificar éstos, porque vive siempre mirando al porvenir, con sus ideas, sus proyectos ó

sus ilusiones; si el individuo educe de su propio fondo y del que le ofrece el medio social, elementos determinantes de sus actos, es obvio y claro que en la elección de estos elementos entra por mucho el esfuerzo de la voluntad, cuyo temple lo forma la convicción de la inteligencia, tan potente y fuerte á veces, que contraría lo ingénito en el carácter. ¿Cómo explicar de otro modo el dominio que el hombre tiene sobre sí? ¿Cómo razonar el triste privilegio de que el hombre pueda ser hipócrita? Si el hombre es, por el contrario, la resultante mecánica de sus tendencias heredadas y de las condiciones recibidas del medio social, abandonemos todo noble propósito de mejora y perfectibilidad individual y digamos con Quetelet, que el malvado es el instrumento que ejecuta el crimen, preparado y aun puesto en sazon por la sociedad. De un individualismo exagerado venimos á parar, por aquello de que los extremos se tocan, á una indeterminación panteísta, detrás de la cual se oculta lo que es hoy el *bú* para el Sr. Revilla, la metafísica.

De falta semejante á la indicada, adolece la explicación que daba el Sr. Revilla de la *escuela laica*. En su afán de buscar lo positivo, hace á veces tan á lo vivo el Sr. Revilla filosofía de tejas abajo, que explicada la doctrina por un espíritu más vulgar y menos culto que el suyo, había de creer el auditorio que se estaba comentando ante él la filosofía de Sancho.

Hay, dice el Sr. Revilla, tantos sistemas de moral

como sistemas filosóficos; pues suprimamos de las escuelas toda moral, ya que es un sueño la independiente. Enhorabuena que la enseñanza religiosa, cuya información ontológica y metafísica es repulsiva al predominio de la fantasía en el niño, quede relegada á la dirección que le imprima la familia, á reserva de que el espíritu, una vez educado, pueda darse cuenta del estado de su conciencia religiosa, *estado involuntario* en el individuo, pues no es cuestión de querer ó no, tener fe ó carecer de ella; afirmación que hacemos sin precisar para ello ser deterministas: pero la enseñanza moral, la que sirve de norma á nuestros actos, va implícita en toda nuestra instrucción, se constituye como desprendimiento natural de toda nuestra cultura, y forma el núcleo y la savia de nuestro alimento espiritual. ¿No aprende, por ejemplo, el niño, mediante el hábito que la enseñanza le infunde de inquirir lo verdadero, á reconocer como un deber el amor á la verdad? ¡Qué moral más abstracta y pavorosa!, argüirá tal vez el Sr. Revilla haciendo inconscientemente *pendant* á los partidarios de lo dogmático, sin reparar en lo complejo y fructífero de una enseñanza que, libre de todo ritualismo y aun concepción utilitaria de premio ó castigo, se halla virtualmente fecundada por la unión indisoluble de la teoría con la práctica, por la elocuente demostración del ejemplo.

Aún pudiéramos aducir algunos razonamientos para mostrar la idea abstracta que el Sr. Revilla se forma de la instrucción y de la educación; aún po-

dríamos notar algunas contradicciones en la obsesión positivista de tan ingenioso pensador; pero creemos suficiente lo dicho para que el lector comprenda y el Sr. Revilla vea, si á tanto llega nuestra suerte, que el pensamiento, la verdad y la vida real aún siguen y seguirán dotados de un enlace interno y de una lógica inmanente, cuyos fueros no puede eludir ningún ingenio, ni aun el admirable del Sr. Revilla. Aunque de *lejos*, le estimamos personalmente mucho y reconocemos como el primero lo privilegiado de sus dotes intelectuales: huelga por lo mismo todo elogio, y en cuanto á las acusaciones que de lo dicho se desprendan, téngase en cuenta que por cima de ella queda un fondo innegable de bondad en el señor Revilla, que no ponemos jamás en duda, pues la inconsecuencia lógica no es el arlequín del político de circunstancias, y el Sr. Revilla tiene siempre como móvil de sus actos algo que es superior á la conveniencia del momento; que lo conserve en pro suyo y como valladar inexpugnable contra sus enemigos y adversarios, pues el autor de estas líneas no figura en el número de los unos ni de los otros.»

Hasta aquí el juicio formulado en 1878 del valor y representación de Revilla. Muerto éste, el Ateneo de Madrid celebró una velada para honrar su memoria en la noche del 17 de Noviembre de 1881. Con tan triste ocasión leyó el autor de este libro, ocupándose del inolvidable amigo, el siguiente discurso:

«Honrosa y difícil misión me ha encomendado la ilustre Sociedad del Ateneo de Madrid, imponiéndo-

me la obligación, que cumplo gustoso, de inaugurar esta solemnísima fiesta literaria, destinada á rendir un tributo de admiración y un recuerdo de gratitud á nuestro malogrado compañero, el inolvidable Revilla.

Al aceptar el encargo, os declaro, sin falsas modestias, que me faltan títulos efectivos, merced á los cuales pretenda asociar mi humilde nombre al ya inmortal de Revilla; pero me sobran títulos personales, que son los únicos que ante vosotros aduzco para solicitar por breves momentos vuestra atención, exponiendo, según mi leal entender y saber, cuanto pensé y sigo pensando acerca del incuestionable valer y representación de Revilla.

La amistad fraternal con que me honró Revilla, sólo interrumpida por menos tiempo que dura nube de verano, gracias á veleidades geniales de ambos; la educación casi idéntica que tuvimos los dos durante largos días; el trato continuo, íntimo y afectuoso, que engendran la comunidad de ideas y la homogeneidad de aspiraciones, fueron, en vida de aquel malogrado amigo, motivos bastantes para que yo estimara como propios los triunfos que obtenía. Dispensad á mi afecto que yo considere como algo que me es propio el merecido tributo que en este momento pagáis al que fué hijo predilecto de esta ilustre casa.

Muéveme á la vez para mostrarme propicio á tomar parte en estas solemnísimas fiestas, la alta idea que yo tengo de ellas. Muestran en efecto las veladas, aniversarios seculares y centenarios civiles, conque

la generación presente gusta honrar sus legítimas glorias (los hombres que han hecho y producido algún eco en la vida social), muestran estas solemnidades en pro del talento algo más que un renacimiento del antiguo paganismo y algo menos que un endiosado y satánico orgullo. Revelan un culto amplísimo, justificado, al mérito, un tributo á la tolerancia y un medio para hacer viable, por cima de todo sentido estrecho de secta ó creencia, la salvadora idea de que todo el que trabaja por lo bueno y por lo justo debe ser considerado y presentado como enseñanza elocuente y como ejemplo respetable, que han de imitar todos los que le sobrevivan.

No implica, no, este culto al *Humanismo* presunción satánica, hija natural del descreimiento presente, como entienden algunos; antes bien significa majestuosas manifestaciones del espíritu colectivo, que congregan las voluntades más encontradas para honrar las obras de todos aquellos que no han consentido se enerven sus energías por un egoísmo prosaico; que han oído y repetido dentro de sí el grito heroico del *Excelsior*, y que han derramado con profusión y con más ó menos éxito la flor de sus fuerzas en el impulso que constantemente necesitan el individuo y la especie humana para proseguir el camino de su perfectibilidad y progreso.

Honrar al hombre, no por lo que tiene de hombre, ni por las flaquezas que le son inherentes, sino por sus obras y por los ideales que le inspiraron, es cumplir un acto *religioso*, en el pleno sentido de la pala-

bra. Guardáos de rechazar tal aserto, por extraño que os parezca, con una negativa; porque ó el mundo es una nonada, nuestra existencia vil juguete de un poder maléfico, la realidad una miserable comedia digna de la sarcástica carcajada de un Mefistófeles; ó el mundo es algo positivo, nuestra existencia solidaria con las demás en un orden conocido ó presentido y la realidad una obra, á la cual colaboran todos los hombres en su límite y grado. Y si todos los hombres cooperan al cumplimiento del destino de los demás, los primeros, los que por sus dotes condensan, en la mirada de águila del genio, los anhelos y deseos de toda una edad, son hombres dignos, no por su individualidad, flor de un día, sino por su obra, *lothus* de lo eterno, del culto y respeto de los demás, del culto religioso, que recomendaba el ateo Proudhon, y de la inmortalidad en que creía el panteísta Gœthe. Ni tiene, ni puede tener, fijáos bien, otra explicación, el culto y respeto con que de tiempo inmemorial rodean los hombres la muerte: ni significa tampoco otra cosa el sabio aforismo del común pensar, que afirma que «honrando á los muertos ilustres nos honramos á nosotros mismos y nos hacemos partícipes de su gloria.»

Que Revilla es digno de semejante distinción; que para él está perfectamente justificado tal tributo os lo dice el acuerdo tomado por ésta y otras Sociedades científicas para celebrar, en honor suyo, una velada.

Pecara de olvidadizo, cuando no de ingrato, este

Ateneo, si no se apresurara á participar del sentimiento que á todos los que le conocieron ha causado la prematura muerte del malogrado Revilla. Evocad por ligero esfuerzo del recuerdo las brillantes discusiones que han tenido lugar en este mismo salón sobre todos los problemas que más han conmovido y conmueven las entrañas de esta agitada sociedad; haced memoria y recordad los ecos conque resonaban en esta cátedra años atrás los dolores producidos por las injusticias sociales, los ideales que acariciaba el pensamiento libre, las nobilísimas aspiraciones de la democracia moderna, la justísima causa de la emancipación de todos los oprimidos, desde el siervo de sí mismo por obra de un fanatismo ciego, hasta el esclavo, víctima de la inicua explotación del hombre por el hombre; y siempre que recordéis defensas elocuentes de todo lo que quiere, exige y desea el nuevo régimen, se destacará ante vuestra memoria aquella palabra acerada, certera, en ocasiones fría, á veces arrebatada, pero siempre atractiva y seductora, del que fué nuestro querido consocio. Revisad los sombríos corredores de esta casa, refugio en todo tiempo de las gentes estudiosas; pasad por los más apartados de sus rincones, y en todos los sitios de este recinto tendréis que recordar á Revilla, discutiendo con unos y con otros, por todos combatido y contra todos defendiéndose, á veces con una lógica inflexible, á veces con ingenio admirable, en ocasiones razonando como un matemático, en otras como un sofista; aquí filósofo, allá crítico, antes creyente con

un vaporoso misticismo, ahora escéptico con una nostalgia que hiela, después con desdeñosa despreocupación é ingeniosa *causerie*, y siempre revelando en sus graciosísimas salidas de tono, indiscutible talento y sus envidiables aptitudes. Observad, por último, que el Ateneo recibe de Revilla, por legado especial, aquello que más estimó durante su vida, sus libros y sus cuadros, y habréis de declarar que Revilla tendría tales ó cuales condiciones, sería ó no buen amigo, pero era amante decidido de esta ilustrada casa. Fué el Ateneo el campo de sus más legítimos triunfos: fué quien primero le dió nombre y reputación; pero Revilla, con su afecto, en apariencia indiferente y frío y en realidad intenso y profundo, le pagó con creces, pues siempre consideró y estimó esta Sociedad como su segunda madre.

¡Pobre Revilla! ¡Cuántas y cuántas veces fué impíamente juzgado por amigos y adversarios! Dotado de una inteligencia rigurosa, su espíritu pareció siempre frívolo y ligero; con afectos tiernos y delicados, era ante las gentes alma de mármol y corazón insensible; poseyendo condiciones de carácter, que jamás le consintieron empañar su acrisolada honradez, era tenido por inquieto, ambicioso y avieso. Pues ahí tenéis el secreto de toda su existencia y que explica lo que tenga de anormal y contradictoria su conducta.

Revilla jamás cumplió con la ley que pudiéramos llamar de la adaptación al medio social y moral. ¡El desgraciado y querido amigo, que tanto se enamoró, en sus últimos tiempos, del darwinismo, fué víctima

de la falsa posición en que su educación, su carácter y su vida retraída le colocaban siempre, sin lograr adaptarse al círculo social en que se agitaba! Alguna vez, discutiendo con él en este mismo sitio, le decía el que estas líneas escribe: «Eres verdadera personificación del *Heautontimorumenos*, del que se atormenta á sí mismo.» Y permitid la inmodestia: ocasión se presentó, en que nuestro malogrado compañero reconoció esta gran verdad. Le apellidaba yo extranjero en su patria, en su familia y entre sus amigos, y con la ingeniosa franqueza que le caracterizaba, contestaba, poniéndose delante de un espejo: «Verdad, verdad, y extranjero dentro de mí mismo, añadía parodiando frases del Cuasimodo de Víctor Hugo, pues poseo un alma hermosísima, revestida de una fisonomia que no tiene nada de envidiable.»

Acompañándole con otros amigos, durante su penosa enfermedad, meditaba yo sobre aquella frase, que en ocasiones distintas me había repetido Revilla y que envolvía, según creo, una gran verdad, siquiera me permitiese interpretarla en otro sentido, ya que para mí es indudable que el organismo físico, sea cárcel del alma ó elemento consustancial con ella, influye de modo eminente en lo que yo me atreveré á llamar la *idiosincrasia moral* y social, con que cada hombre da relieve á su originalidad individual.

De esta biografía interna, de esta fisonomía moral es de la que me vais á permitir que me ocupe, al hablaros de Revilla, pues su vida externa se puede resumir en pocas palabras.

Siempre vivió Revilla víctima de lo extemporáneo de sus inclinaciones y gustos; trabajó constantemente con un amor decidido y resuelto á la verdad; alcanzó dolorosas tribulaciones en su existencia, y hasta llegó á cernerse sobre el horizonte de su porvenir, más que como temor, como desconsoladora realidad, la negra nube de la miseria.

Cuando parecía que iba á disfrutar de tranquilidad en el seno de su familia; cuando veía realizada una de sus más queridas ilusiones, obteniendo puesto honroso en el Profesorado, el destino, su mala estrella, el agotamiento de sus fuerzas físicas, lo que queráis, algo que parece luz intensa y es profunda tiniebla, le convirtió, ¡horror causa decirlo!, en loco é imbécil.

Murió..... ¡Llenad estos puntos suspensivos con la inmensidad del dolor que causa ver una inteligencia de fuego reducida á una imbecilidad creciente, y dejemos lo externo de la vida, que por lo humilde y honrada, no tiene nada de aparatosa, delineando en cambio algo de su vida íntima, por lo que se refiere al hombre, á su educación y carácter, y además á sus ideas y aptitudes.

I

Algunos definen al hombre «inteligencia servida por órganos», y pudiéramos nosotros, parodiando esta idea, definir á Revilla diciendo: que fué «una inteligencia que vivió á expensas de un organismo débil y enclenque.»

Hijo único, nacido en Madrid y sin salir apenas de la capital, mimado con exceso por sus padres, ganosos de verle brillar cuanto antes por las envidiables dotes que revelaba; criado, cual flor en estufa, con tan diligente y pernicioso esmero, que le he oído decir que se lavó por primera vez con agua fría después de casado; era Revilla á los doce años (edad que tendría cuando le conocí) no un joven, sino un *niño viejo,* enclenque, ya miope, que no se atrevía á correr por los claustros de la Universidad. Gastaba, sin embargo, por aquel entonces ya su imprescindible sombrero de copa, su bastón y sus lentes; había leído casi todos los Enciclopedistas, por consejo y dirección de su ilustrado padre, que murió joven y le dejó al exclusivo cuidado de su buena y cariñosa madre, que le sobrevive y llora sumida en las tinieblas de la ceguera y del dolor.

Como Revilla era por entonces un consumado

orador y hasta escritor público, parecía, tratado de lejos, caricatura de presumido doctor, lo cual le valía la repulsa y enemiga de los condiscípulos y le mantenía en un completo alejamiento de todo trato social. Ganó ó me gané sus simpatías, y empezamos juntos á estudiar filosofía con el reputado y docto maestro D. Nicolás Salmerón, el hombre que ha ejercido influencia más fecunda en el espíritu genial de Revilla. Alcanzó éste en sus primeros estudios el período que pudiéramos denominar álgido y militante de la *ortodoxia Krausista*, celosa defensora de un idealismo abstracto y algo soñador, de un puritanismo que más convidaba al aislamiento y á la inacción contemplativa, que á la expansión vigorosa de la juventud, juventud que fué para Revilla un mito, ya que su vida estaba encerrada dentro de un círculo inflexible: la Universidad, sus libros y el Ateneo. Quizás por aquel tiempo sólo conservaba Revilla trato con tres ó cuatro amigos, que admirábamos su prodigioso talento y sus grandes adelantos.

Exagerando estas influencias, con su talento asimilador, corría sordamente para Revilla su juventud, y cada vez se acentuaba y personificaba más en él aquella *niñez vieja*, que si le dotaba de una excesiva madurez de juicio, le infundía un prematuro hastío de la vida, cuyos goces y sinsabores eran y seguían siendo secreto cerrado con siete llaves para el filósofo de entonces.

Tengo para mí que no señala el tiempo momentos vacíos que se pueden llenar arbitrariamente, fuera de

sazón, con desarrollos precoces de facultades é inclinaciones impropias de la edad; y tengo para mí que nuestro Revilla, que dejó pasar la hora de la juventud por vicios de educación contraídos desde sus primeros años, vivió después en un completo desequilibrio de todas sus aptitudes, que explican si no sancionan muchas de las faltas imputadas á su carácter débil y tornadizo. Apenas si Revilla había experimentado, al entrar en la madurez de la vida, afectos profundos intensos, de los que ponen á prueba la fortaleza del carácter, y para él eran sinónimos, en cierto modo, el sentimiento y el capricho. De aquí dimana lo que ha dado en llamarse la frialdad de su alma, que era sólo aparente, pues poseía ricos veneros de afecto y bondad. «Yo he necesitado, después de muerto mi buen padre, un hermano,» me decía en cierta ocasión con lágrimas en los ojos, explicando una de las muchas contradicciones en que con frecuencia caía. El que nota la falta de un cariño fraternal y llora porque carece de una amistad entrañable será hombre cohibido en las manifestaciones de su cariño, pero no se le puede acusar de hombre insensible.

¿Qué le ha faltado á Revilla, alma afectuosa, corazón cariñosisimo, que le ha obligado, merced á su prematuro razonar y á su educación exclusivamente intelectual, á aparecer poseído y dominado de una persistente misantropía?

Todo un período de la vida afectiva, adormecida y agobiada por su vigorosa inteligencia; *la esponta-*

neidad del sentimiento, que aprendió en sus lecturas y desconoció en su vida. Atestiguan y comprueban esta mi afirmación cuantos han tenido la suerte de tratar á Revilla en los últimos años.

¿Por qué muchos de los que me escucháis habéis encontrado que Revilla, tratado de cerca, era afable, bueno y tenía un alma infantil, que se complacía, luego que con vosotros adquiría confianza, en relataros sus cuitas, cual niño mimado refiere sus pesares á madre cariñosa? Porque apenas si Revilla, que todo lo sabía y de todo sabía, era capaz de concebir un sentimiento contrariado ó envuelto en las complejas sinuosidades de la vida. ¡Dichosa inexperiencia!, que le dotaba al exterior de una falsa nostalgia y de un desconsolador pesimismo, siendo sin embargo interiormente alma infantil, cuyos más persistentes goces envolvían motivos laudables. ¡Fatal inexperiencia! (que tales contrariedades tiene la vida), que le hacía figurar siempre entre los engañados.

Esta falta, que venimos señalando en el modo de ser de Revilla, cual si en la flaca condición humana no creciera una facultad sin mengua de otra y cual si la perfecta igualdad de ánimo fuera ideal inasequible para el hombre, esta falta agranda y crece, cuando se considera la influencia perniciosa que ejerció en su carácter.

Revilla poseía vista perspicaz, talento claro y preciso, era un gigante intelectual; pero allí donde no veía con entera discreción su penetrante perspicacia, ¡qué de decepciones y de contradicciones pre-

sentaba mi querido amigo! ¡Ah! es que la inteligencia no suple la virtud y eficacia del sentimiento en la vida. Recuerdo á este propósito las oscilaciones y veleidades de mi buen amigo Revilla durante todo el período revolucionario, oscilaciones que le inutilizaron para lo que tenía, según yo creo, singularísima aptitud, para la vida política; más que por nada, por la inconsistencia de su carácter y por el tributo exagerado que pagaba siempre á los éxitos momentáneos.

No creáis que aspiro á llevar mis censuras más allá del límite, á que yo entiendo obliga la justicia. Donde Revilla no veía el éxito seguro y sobre todo fácil y pronto, dejaba correr los sucesos y anulaba su personalidad. Falta es esta que le hacía aparecer ante el juicio de los extraños como hombre interesado y calculador, vicios que no le alcanzaban, pues siempre abrigó móviles honrosos para determinar su línea de conducta.

Efecto de esta inconsistencia, que le hizo en cuarenta y ocho horas, por ejemplo, formular el programa de los rojos y escribir después, disparando bala rasa contra ellos, era la excesiva impresionabilidad de su carácter, que le obligaba á pesar suyo, mal de su grado, á exageraciones extremas en uno ú otro sentido. Sí; es que Revilla profesaba siempre sus ideas con el mismo calor y con la misma intensidad; y teníais que creerle cuando os hablaba, á reserva de que al poco tiempo viérais contradichas por él mismo sus primeras afirmaciones. Qué, ¿no recordáis todos vosotros que en algunas

discusiones parecían darse la mano los anhelos, inquietudes é ideales acariciados por Revilla, con los defendidos por nuestro querido Presidente el Sr. Moreno Nieto? Dos almas nobilísimas (permitid el juicio, pues el Sr. Moreno Nieto ha merecido en vida la inmortalidad) que parten de puntos distintos; una de la tradición, otra de la Revolución; ambas inquietas, anhelosas de algo definitivo y estable; atormentadas por la duda, sin penetrarse bien de que es ley de los tiempos la crítica; llegaban á señalar punto de conjuncion, quizá en uno de los más capitales problemas de la vida, en el problema religioso, siquiera luego quedaran abismos entre ambos al interpretar el sentido de aquello en que convenían. Yo tengo presente aquella noche en que discutían ambos oradores, á cual más elocuentes los dos, y el Sr. Moreno Nieto decía: «Sí; la más alta filosofía, la de Hegel, declaró el cristianismo religión absoluta; doblad la cabeza ante ella y declinad la majestad de la razón para que con el cristianismo se concierte»; y nuestro Revilla exclamaba: «Sí; la más alta y novísima ciencia, la de Spencer, proclama que la religión es lo *indiscernible* y que puede y debe vivir en paz con la ciencia.» Perseguían ambos (casi me atrevo á asegurar que por idénticos motivos é igualmente laudables) una ilusión, quizá porque en su inconsistencia é impresionabilidad de carácter aunaban sus esfuerzos para llegar á algo definitivo. Vosotros decidiréis, si sus esfuerzos valiosísimos eran y siguen siendo para el caso presente impotentes é ineficaces, y me perdonaréis y me

perdonará el Sr. Moreno Nieto esta digresión, en gracia al asunto que la motiva.

Muchas de las indecisiones que afeaban al exterior el carácter de Revilla procedían, como ya os he dicho, de su afán por los éxitos de momento; y del temor casi supersticioso que le inspiraba la derrota y con ella algo del ridículo, que él creía que acompaña siempre al que es vencido; pero en estas sus componendas más ó menos artificiosas jamás entraba como causa determinante el móvil del interés. Pudiera á este fin citaros yo circunstancias difíciles, afrontadas por Revilla con una valentía y altivez, que prueban que en el hombre, en muchas ocasiones, «querer es poder». Yo le he conocido, en días no lejanos, sobrellevar tribulaciones dolorosas de la vida teniendo al lado la solicita oferta, que para él envolvía algún déjo de apostasía, y rechazar la oferta con una dignidad, merecedora de todo encomio, conservando intacta su reputación.—Hagámoslo constar así, por lo mismo que la calumnia se cebó en vida contra nuestro malogrado compañero, sin que por otra parte él por sí diera motivos suficientes para que se usara en su contra ese arma mortífera. Y pongamos punto á este primer extremo, declarando que las gentes discretas no deben nunca confundir la ligereza con la perversidad del carácter.

II

No me propongo al hablar de las ideas y aptitudes de Revilla, emitir juicio sobre sus obras, empresa superior á mis fuerzas y que no puedo acometer por la consideración muy atendible de que he tenido la honra de colaborar con él en la confección de alguna.

Sí he de decir *grosso modo* y sin que lo tenga por paradójico, pues de esta idea participan conmigo el ilustrado escritor Clarín y nuestros consocios los señores Arrillaga y Vidart; sí he de decir que no me parece el mérito superior de Revilla el que generalmente le reconocen todos como *crítico*, y sobre todo como *crítico de arte*.

Verdad es que Revilla estaba dotado de una perspicacia y penetración nada comunes, que percibía con suma discreción los más pequeños detalles, que poseía copiosa y escogida cultura estética y un gusto muy exquisito; pero si estas cualidades son dignas de tenerse en cuenta é influyen sobremanera en la misión que desempeña el artista crítico, ni son las únicas, ni siquiera las principales.

No prescindamos de las indicaciones hechas respecto á la inexperiencia de Revilla en la vida del sentimiento; no olvidemos la educación literaria, exa-

geradamente clásica, que le infundiera en sus primeros años, su buen padre D. J. de la Revilla, ni pasemos por alto la consideración importantísima de que Revilla, si vale la frase, *sabía el arte*, pero no sorprendía la misteriosa elaboración de la *emoción estética*, á cuyo génesis y juicio definitivo aplicaba casi siempre principios de escuela, que no encajan las más de las veces en este continuo latir de las palpitaciones sociales.

Prueba de lo que os digo son, sus *Poesías*, hijas todas de la inteligencia, bellas, bellísimas algunas, bien sentidas, pero áridas, estáticas, que no logran hacer vibrar la sensibilidad. Comprobación de mi aserto son también los juicios contradictorios que ha formulado acerca del teatro de nuestro gran dramaturgo, el Sr. Echegaray.

¡Ah! es que aquella espontaneidad tardía de su sentimiento viene á ser aquí también elemento perturbador de las facultades críticas de nuestro amigo Revilla. Claro es que Revilla no es un crítico vulgar; pero quiero con lo dicho anticipar que, según mi humilde juicio, la cualidad más saliente de Revilla, superior á sus aptitudes críticas, exageradas á veces, hasta el extremo de llegar al mal gusto, la cualidad primera es la de que poseía un *talento asimilador* y una *inteligencia sincrética*, en las que no tenía rival posible.

Consecuencia de estas cualidades era su vasta, vastísima cultura filosófica, literaria y política. Causa maravilla observar, como observábamos los que de cerca le hemos tratado, la fácil manera conque Re-

villa se asimilaba todas las doctrinas que leía. No olvidaré nunca que allá por el año 77 gustaba Revilla poner en moda un *neokantismo* y un *positivismo crítico*, que entonces se hallaban de moda. En una de las discusiones de aquél curso se riñeron duras batallas contra el positivismo dogmático, y al intervenir Revilla, se mostró acérrimo partidario del *neokantismo*, cuya defensa hizo, maravillando al auditorio con la copia de doctrina y erudición que había revelado. «Estaba yo en el secreto», según se dice vulgarmente, y me constaba que conocia, al menos de la literatura histórica de dicha doctrina, un artículo de Wundt, que habíamos leído juntos, y el índice de un libro de Fechner, sin traducir aún.

Esta asimilación universalísima, dote la más superior de todas las suyas, explica en parte también la diversidad de opiniones que aquí le habéis visto sustentar, porque él se ha asimilado toda doctrina nueva para satisfacer su generoso anhelo de disipar dudas y dar solución á problemas. Pero, notadlo bien de una vez para siempre: aun cuando las indecisiones de su carácter se traduzcan en veleidades intelectuales, aunque no le concedáis, como pensador y filósofo, la cualidad de ser sistemático y consecuente en sus ulteriores evoluciones; no lo neguéis, no, dos cualidades, que en él resaltan, por cima de todo: lo que él llamaba su fibra de libre-pensador, y el culto respetuoso que prestaba siempre al bien.

¿Vais por esto á negarle el honroso título de pensador? No lo hagáis, pues no tiene nuestro buen ami-

go Revilla la culpa de haber vivido en una época en que se suceden las doctrinas con asombrosa rapidez, ni á él se le puede imputar la falta de que no existía, ni se colija por hoy que pronto existirá concepción definitiva del mundo y de la realidad, bajo la cual se ordenen pensamiento y vida con lógica inflexible y con método riguroso. Vivió y pensó en su tiempo y con su tiempo Revilla; ¿qué mucho que las tormentas de la vida y del pensamiento se revelaran en sus opiniones? ¿Qué mucho que Revilla, en su ansia de saber, al dirigir su penetrante mirada á esa realidad tan compleja, viera que no es superficie plana, sino prisma de infinitas caras?

Bástanle para ser estimado como pensador sus discretos trabajos sobre Descartes y algunos artículos filosóficos, que todos conocéis, y sobre todo le basta haber señalado su criterio fijo de pensamiento, la soberanía de la razón, y su norma de conducta, la práctica del bien por el bien.

Donde mejor se manifestaba esta poderosa energía asimiladora de la vida intelectual de Revilla era en la virtualidad de su memoria.

Sin ser una memoria muy fiel para el detalle, ni por demás plástica en los pormenores, poseía un rigor y lozanía admirables en la asociación de las ideas y en el contraste de los pensamientos. ¡Cuánto seducía Revilla en sus diálogos y polémicas de *petit comité!* ¡Qué gracia y donosura la suya al acentuar contrastes y al dar relieve é importancia á las cuestiones más pequeñas! Muchos de los que me oyen habrán disfru-

tado del honesto esparcimiento, y de la agradable enseñanza que su trato ofrecía á cada momento; con facilidad suma y sin presunción alguna y con gracia inagotable convertía Revilla la conversación más vulgar en un diálogo atractivo, en el cual aparecían á la vista del que escuchaba las más sublimes ideas con vida y con eficacia. Apenas si conocemos, si se exceptúa al Sr. Valera, trato más instructivo que el que se mantenía con Revilla.

Verdad es que jamás le faltaba material para sus conversaciones, dado el caudal inmenso de su cultura literaria.

Había hecho estudios serios, profundos, de algunos períodos de las literaturas clásicas; conocía con bastante detalle y con un sentido de gran alcance la literatura patria y la francesa, y preparaba, antes de caer herido de muerte, un trabajo concienzudo sobre la literatura italiana. Las lecciones dadas desde su cátedra de la Universidad, que se resentían en los primeros tiempos de un marcado tinte filosófico y á última hora de un positivismo, que para él tenía hasta la fuerza de la moda, revelaban las grandes dotes de Revilla para la enseñanza, siquiera le molestase y aun infundiera desaliento desempeñar una cátedra numerosísima y á la cual asistían alumnos, que no se interesaban, en su gran parte, por los estudios literarios.

Pero á todos seducía con aquella cualidad, que en él sobresale por cima de las demás, con su palabra límpida, correcta, persuasiva y á veces enérgica y

viril. La pluma y la palabra de Revilla bastarían para hacerle digno de todo encomio.

Con más conocimiento del mundo y mayor experiencia de la vida, hubiera igualado y superado, al menos por su cultura, á Larra; con más calor en la expresión y mayor energía en profesar las ideas hubiera, en esta tierra clásica de la oratoria, sido émulo de los primeros oradores. Le habéis oído todos y todos convendréis conmigo en que era un orador de primera talla. ¡Qué fluidez de palabra poseía Revilla! ¡Qué golpe de vista más certero el suyo en la polémica! ¡Qué flexibilidad la de su talento! Lo mismo contendía con la oratoria altisonante y el razonar de alto vuelo del Sr. Moreno Nieto, que polemiqueaba con la ingeniosa *causerie* del Padre Sánchez.

Era una palabra la suya que revestía tantos matices cuantos eran necesarios. La oratoria de Revilla hubiera brillado en el Parlamento mejor que en ninguna otra parte. Necesitaba, al discutir, ¡tal era su perspicacia!, olvidar muchos puntos flacos, que le había descubierto el adversario, y hubiera obtenido, en los candentes debátes de la política, triunfos tan numerosos y quizá más definitivos que los alcanzados en esta casa.

Si jugó papel secundario en la política, y osciló en los períodos en que más pudo, á pesar de su juventud, hacer sentir su gran valer, culpad en parte á su falta de decisión y carácter, y tened en cuenta además que obró por móviles honrados y dignos, inspirados casi siempre (quizá por esto mal estimados)

en convicciones algo inestables y por demás movedizas. Pero allí donde él veía claro, y en el punto en el cual su carácter no flaqueaba, parecía más un consumado político que un inexperto ideólogo. De ello es un ejemplo la intervención eficacísima, que tomó en la célebre *Declaración de la prensa republicana*, primera protesta, desoída por entonces, contra el falso aparato de una propaganda, llevada á cabo con vientos de tempestad y traída á la práctica con cosechas de amargos desengaños y dolorosas experiencias. Dominado por el desaliento y el desengaño se hallaba Revilla, en los últimos años de su vida, mostrándose propicio á retraerse de la política y á engolfarse cada vez más en sus estudios literarios y en los trabajos fecundos de su cátedra. Quizá llega entonces Revilla á verse rodeado de las condiciones de paz y sosiego, que habían de ayudarle á que entrase en la plenitud de la madurez de sus facultades.—Había realizado uno de los sueños de su vida, ser catedrático de la Universidad de Madrid, dominaba trabajosamente su difícil situación económica, se había casado y vivía alegre y feliz y soñando con las dulzuras que ofrecen el hogar y la familia. Parecía, pues, que Revilla iba á entrar en plena posesión de sí mismo y que aquella perfecta igualdad de ánimo, que es el desiderátum de la vida, se convertía para él en dichosa realidad: y sin embargo, después de ver disipada en humo una de sus más queridas ilusiones, la de la paternidad, se vuelve loco; deja una madre anciana y ciega, una viuda tan joven como desgraciada, y muere, como

dice el Pesimismo que debe vivir y morir el genio, pobre y sin dejar tras sí más rastro que el de sus obras; por fortuna, las de Revilla, muchas y muy útiles; siquiera las llevemos ahora sus amigos por esos mundos, cual judío errante, en busca de la nueva piedra filosofal, la munificencia de un editor.

Voy á concluir, señores, sin creer que haya dicho, ni indicado siquiera, lo más principal, que puede y debe decirse de un hombre de tan extraordinarias dotes como Revilla, y cuya pérdida es tanto más sensible para todos, cuanto que comenzaba ahora á sazonar sus frutos la vigorosa inteligencia de nuestro amigo. El juicio de su valer intrínseco corresponde á vosotros más que á mí. Por mi parte cumplo con haberos indicado á vuela pluma algo del juicio que me merecía. En cuanto al afecto, que le profesaba, no he de intentar bosquejarlo; el sentimiento es inefable é inexplicable y la amistad fraternal, que con él me unía, se siente pero no se explica.

Vosotros todos le honráis y os honráis pagando este justo tributo al eminente orador, al castizo publicista é ilustrado catedrático Manuel de la Revilla, cuyo nombre es por varios y muy legítimos títulos inmortal acá en esta vida.

Si por encima de los estrechos linderos de nues-

tra presuntuosa critica; si allá en la mansión de lo eterno, donde los limbos de lo que fué deben producir algún eco para lo ulterior, existe ley de compensación, orden providencial, ritmo que pondere estas aparentes divisiones y separaciones entre lo que fué y lo que será, allá en esas regiones presentidas ó creídas, «tú, Revilla, que siempre te preocupaste con lo verdadero, que luchaste por lo justo y que anhelaste lo bueno, tú eres de los elegidos.»

El Ateneo de Madrid

EL ATENEO DE MADRID

CONSERVANDO siempre la palabra *Ateneo* el sentido tradicional de la cultura griega, y de ella sus períodos más florecientes y espontáneos, ha servido en todo tiempo para designar instituciones literarias y científicas, en las cuales, según el gusto reinante y el especial criterio de la época, se ha prestado culto libre y desinteresado á la belleza artística y á la investigación de la verdad. Tal sentido latente de amor á la cultura ha inclinado á algunos, á Moreno Nieto entre otros, á pensar que *Ateneo* equivale á cosa de Atenas, ó que recuerda su cultura. Muchas veces le hemos oído invocar, con su palabra de fuego, el alcance humanitario, libre y universal de la cultura ateniense para que quedasen reconocidos los fines propios del *Ateneo de Madrid*, donde no gustaba ver restringidos discusiones y problemas, ya por especialistas en una ú otra dirección, ya por tecnicismos lógicos y estériles.

Parece cierto que la rigurosa investigación de la verdad corresponde de hecho y de derecho á las

ble: á aquella sombría y antigua casa de la calle de la Montera como al suntuoso palacio de la calle del Prado en que hoy se aloja, llegaban siempre, llegan ahora y llegarán constantemente los ecos, las necesidades, los empeños y las empresas de la opinión pública, encontrando allí, sin las pasiones é intereses bastardos de la política palpitante, una acogida simpática y favorable.

El Ateneo de Madrid acogió con simpatía el movimiento de las Escuelas individualistas y económicas, oyó y discutió el Positivismo, se ocupó y preocupó con las cuestiones que agitan al arte moderno, se asoció al Centenario de Calderón, se hizo solidario del despertar de la opinión en los sucesos de las Carolinas, contribuyó á propagar las ideas de la Sociedad de Africanistas, empleó todo un curso en discutir el cuestionario sobre la mejora de las clases obreras, que le enviara una comisión oficial, y constantemente, de modo generoso y espontáneo prestó su apoyo y simpatizó con todo lo que en este país ha representado ó podido representar una idea noble, un pensamiento levantado, algo en suma que, elevando el espíritu y el corazón, de obra y de palabra mejora la condición moral y perfecciona la inteligencia.

No ha abandonado el Ateneo, en medio de las múltiples fases que el cambiante del criterio social y político haya podido ofrecerle, su primitivo y genuino carácter, el de condensar, reflejándolos en su seno y admitiéndolos con la benevolencia propia de un espíritu general muy culto y muy tolerante, todos

los movimientos que han aspirado á fijar época en la cultura patria. El Krausismo ortodoxo, el Positivismo crítico y dogmático, el idealismo hegueliano, el renacimiento tomista y escolástico en filosofía, las escuelas vitalistas y fisiológicas, las hipótesis de la evolución y del transformismo, el mecanismo, las conjeturas dinámicas en ciencia, el pseudo romanticismo y neoclasicismo, el naturalismo en literatura y arte, todo, todo ha hallado un campo neutral y dispuesto de modo favorable á las opiniones discretas y prudentemente expuestas. Con tal espíritu de universal tolerancia, de libertad real, vívida y practicada, el Ateneo de Madrid se ha conquistado merecidamente, de tiempo inmemorial (sin exceptuar las épocas, por desgracia frecuentes, que totalmente se eclipsa la libertad en España), el honroso calificativo de la *Holanda española*. A la misma atmósfera de libertad y tolerancia debe también el Ateneo de Madrid el aspecto que ofrece en muchas de las épocas de nuestra accidentada historia, sirviendo de refugio á los políticos que la fuerza de los acontecimientos retira del servicio activo. Así, el tono general de la casa (homógeneo en cierto modo con el del país) es *de oposición al que manda*, sea el que quiera; pero no sirva semejante apreciación, que en el fondo resulta exacta, como indicio para atribuir al Ateneo de Madrid hábitos excesivamente revolucionarios ó temperamentos é idiosincrasia de insurrección. Vive de la vida que le prestan los socios que actúan y se agitan dentro de ella, en conferencias, discusiones, etc., y que son precisamente aque-

llos que de momento ó por larga fecha se ven obligados á retirarse de la política militante.

Así se explica la *eterna oposición* del Ateneo, semillero de todos los políticos, por ellos abandonado cuando llegan al Capitolio, quizá más que por ingratitud, porque la política activa de España necesitaría que los días tuvieran cuarenta y ocho horas. Puede bien afirmarse sin ningún género de inmodestia, porque si en ello existe algún orgullo, es legítimo y colectivo, que al Ateneo se lo deben todo los políticos, y en cambio el Ateneo no debe nada á la política.

El Ateneo de Madrid, centro siempre el más generoso, tolerante y simpático de la cultura filosófica, literaria y científica, que ha consagrado todas las reputaciones y concedido gratuitamente carta de naturaleza á la propaganda de todas las escuelas, que se reune diariamente para oir los derroches de elocuencia de sus incansables oradores y las inagotables armonías y bellezas de nuestros mejores poetas, y que oye con silenciosa benevolencia, *aguantando*, como se dice en el lenguaje familiar de la casa, los renglones desiguales de los bohemios incipientes que se estiman Byrons malogrados, ó los discursos de confección trimestral de los que se creen Demóstenes; esta Sociedad, de cuya vida gloriosa no se podrá prescindir nunca, cuando se trate de nuestra historia contemporánea, lo mismo política que social ó literariamente considerada, no ha merecido, hasta hace poco tiempo, de propios ni de extraños, una historia, ella, la Sociedad

del Ateneo, que cuenta en su ya larga existencia, sucesos y acontecimientos bastantes para llenar muchas de las páginas de la historia patria. Recientemente (1879) acudió á tan perentoria necesidad el infatigable escritor é ilustre ateneista D. Rafael María de Labra, que escribió la historia única y en lo posible completa que existe del Ateneo (1). Pocos son los antecedentes que halló el Sr. Labra para escribir la historia del Ateneo; helos aquí enumerados: « Unas » cuantas líneas en el curiosísimo libro (dice el señor » Labra, pág. 16) que mi amigo el Sr. Fernández de » los Ríos acaba de dar á luz con el título *Guía de Ma-* » *drid;* otras tantas en la *Guía* que editó en 1854 el di- » ligente cuanto respetable Sr. Mesonero Romanos, » Secretario y Bibliotecario del Ateneo por espacio de » muchos años y autor de un artículo ligero y de puro » interés del momento, que sobre aquel Círculo y el » célebre Liceo vió la luz èn el inolvidable *Semanario* » *Pintoresco* de 1838; otro trabajo chispeante y subs- » tancioso, pero no de pormenores, del por tantos con- » ceptos atractivo autor de las *Cartas trascendentales,* » del Sr. Castro y Serrano, y, en fin, otro bello ar- » tículo, que uno de los miembros más brillantes y » más activos del actual Ateneo (el Sr. D. M. de la » Revilla) publicó en *La Ilustración Española* de hace » dos ó tres años, fotografiando el carácter moral y » la vida íntima de la casa en aquellos días, no por

(1) RAFAEL M. DE LABRA. *El Ateneo de Madrid,* sus orígenes, desenvolvimiento y porvenir.

» cierto los más esplendorosos..... Pero referencias
» al pasado, detalles, incidentes....., para esto hoy
» existen sólo los libros de actas de la Secretaría y
» las memorias del ya casi desmemoriado grupo de
» *antiguos* de la calle de la Montera. »

Poco ha aumentado de entonces acá la bibliografía, que puede contribuir á completar la historia del Ateneo de Madrid. De ella se obtendrán algunos datos, consultando: *Memorias de un Setentón*, de Mesonero Romanos; *Problemas contemporáneos* (dos tomos, discursos presidenciales), del Sr. Cánovas del Castillo, y *Discursos Académicos* de Moreno Nieto. Para la vida íntima del Ateneo, sobre todo en estos últimos tiempos, conviene conocer *Solos de Clarín*, de D. Leopoldo Alas, *La Literatura de* 1885, por Armando Palacio y Leopoldo Alas, *Sermón perdido*, de este último, y del primero *Los Oradores del Ateneo*, *Semblanzas y perfiles críticos*. Quien pretenda conocer al día el pensamiento y tendencias predominantes de ciertas épocas (sobre todo las últimas del 69 acá) de la vida del Ateneo deberá consultar las notabilísimas *Revistas Críticas*, publicadas quincenalmente en la *Revista Contemporánea* por el malogrado Revilla, y algunas de las escritas en la *Revista de España* por D. R. Chichón y por *Orlando*. Hasta aquí llegan (que nosotros sepamos al menos) las noticias bibliográficas que pueden indicarse como utilizables por aquel que pretenda en su día, siguiendo la senda ya emprendida por el Sr. Labra, escribir una historia del Ateneo de Madrid.

La corta vida del *Ateneo primitivo*, fundado

en 1820, con su carácter político y patriótico, la influencia social, que comenzó á ejercer en aquella época, evacuando varias consultas del Gobierno, entre ellas un proyecto de Código penal, y consagrándose á trabajos asiduos en sus secciones, dan ya indicios suficientes para apreciar los caracteres propios de este Instituto, cuyo primer período termina con la disolución llevada á cabo por la reacción de 1823 (1).

Fué el primer presidente del Ateneo D. José Guerrero de Torres, y el último de esta época el General Castaños. Afirma Fernández de los Ríos (2) que recogió el mobiliario y archivo del Ateneo D. Pablo Cabrero en su casa-palacio de la Platería de Martínez, de donde salieron en 1834, al reinstalarse el Ateneo por iniciativa de Olózoga; mientras que cree el señor Labra (3) que se mandó (en la orden de disolución atribuída al mismo Fernando VII) que todos los documentos, actas, reglamentos, memorias, etc., del Ateneo se recogiesen en el archivo de Palacio. Las laudables gestiones de los Secretarios Gómez Molinero, Burgos y Arrillaga (1870 á 1884), unidas á las de M. Nieto, han dado por resultado que se conserve hoy, en el archivo del Ateneo de Madrid, copia de los Estatutos, de dos reglamentos y del acta de fundación del Ateneo en 1820.

Se reinstaló el Ateneo en 1835, por iniciativa de

(1) *Estatutos de* 1820.
(2) *Guia de Madrid.*
(3) *Ateneo de Madrid,* pág. 42.

Olózaga, según dice Fernández de los Ríos en su *Guía*, ó por gestiones de Mesonero Romanos, á la sazón verdadero motor del proyecto, según afirmó en su discurso presidencial (Noviembre del 74) el Sr. Marqués de Molins, gloria que quiso en efecto recabar para sí casi exclusivamente Mesoneros Romanos. Narradas por él se hallan (1) las varias (aunque en definitiva felices) vicisitudes que fué corriendo de 1835 á 1840 el hijo predilecto de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. El 6 de Diciembre de 1835, en la antigua casa de Abrantes (propiedad del tipógrafo Jordán), calle del Prado, esquina á la de San Agustín, inauguró las tareas del nuevo Ateneo el primer presidente de esta segunda época, el Duque de Rivas. La nota más acentuada de este discurso, aparte señalar el carácter general de la Asociación, consistía en afirmar el benéfico influjo de las asociaciones libres para el progreso de la cultura.

El día 2 de Enero de 1836 fueron definitivamente aprobados los Estatutos (que rigieron hasta Marzo de 1850) del *Ateneo científico, literario y artístico de Madrid*, que comenzó á dar señaladas y exuberantes pruebas de su vida según el triple carácter que le constituía como Academia (discutiendo semanalmente en las cuatro secciones en que entonces se dividía de Ciencias morales y políticas, de Ciencias naturales, de Ciencias matemáticas y de Literatura y Bellas artes), como Instituto de Enseñanza libre (establecien-

(1) *Memorias de un Setentón.*

do cátedras públicas y gratuitas y dando conferencias) y como Círculo literario, echando las bases de su hermosa biblioteca y de su gabinete de lectura. En el año de 1836 se trasladó el Ateneo á una casa de la calle de Carretas, después á la plaza del Angel, número 1, y de allí (1848) á la calle de la Montera. Ocupó el Ateneo, hasta su reciente y definitiva instalación (1884) en el palacio que posee, construído de nueva planta en la calle del Prado, el destartalado piso principal de la casa de la calle de la Montera, donde atravesó días de grandes apuros económicos (1867), de los cuales salió gracias á un largo período de economías, que comenzaron con la supresión del gas y continuaron cercenando las compras para enriquecer la biblioteca, por entonces ya muy bien dotada, aunque no tanto como requerían las exigencias imperiosas de la cultura siempre creciente y como la necesitaba la voracidad insaciable de lectura de aquel hermoso espíritu de M. Nieto.

Vieja, de pobre mobiliario, casi miserable y ahogadísima la casa de la calle de la Montera, en ella vivió el Ateneo períodos de los más brillantes de su existencia, creciendo el interés que despertaban sus discusiones, ensanchando cada vez más el alcance de sus tareas, aumentando el número de sus socios y llegando en 1874 á situación más desahogada. Ella le permitió el lujo de algunas comodidades, restaurando interiormente la casa y acogiendo de nuevo el ya antiguo proyecto de construir un local propio, ilusión que ve hoy convertida en dichosa realidad.

La historia detallada del Ateneo equivaldría á la de la cultura patria en los últimos tiempos, pues ni punto de avance ni período de marasmo ha existido que no repercuta en esta Sociedad del Ateneo. Por aquellos lúgubres y ahogados pasillos de la casa de la calle de la Montera han pasado todas las notabilidades de nuestro país, sin distinción de opiniones ni colores políticos; en aquella anchurosa y mal acondicionada cátedra se han expuesto las más encontradas opiniones, y no ha vivido, por corta que haya sido su existencia, idea, opinión ó conjetura en el pensamiento contemporáneo de España que no haya comenzado por pedir carta de naturaleza y especie de sanción al Ateneo, centro que más que ningún otro ha servido de brújula para apreciar las corrientes, las aficiones y aun los caprichos de los contemporáneos. Hoy mismo, que parece algo amortiguado el tradicional espíritu batallador y polemista del Ateneo, más ganoso de exposiciones en conferencias, de veladas poéticas ó musicales, para todo lo cual pide la colaboración del bello sexo, que gusta lucir sus galas y encantos en la suntuosa residencia del Ateneo; hoy mismo se conservan aún aquella *Derecha*, á que diera vida é infundiera alientos de pasión y energía la vertiginosa elocuencia de M. Nieto, y aquella *Izquierda*, cuyo amor á las ideas y cuyo espíritu crítico contra todo lo dogmático tan bien encarnaba la acerada elocuencia de Revilla.

La vergonzosa ingerencia de la arbitrariedad ministerial en Febrero de 1854, que mandó cerrar el

Ateneo, y la misma en Enero de 1865 y Abril de 1867, ordenando la suspensión de las discusiones y prohibiendo lo que fuera dirigirse á la opinión de cualquier modo, unidas á la clausura llevada á cabo por la reacción de 1823, prueban bien palpablemente que la historia del Ateneo de Madrid corre intimamente unida con la de la libertad y del régimen parlamentario en España. Difícil como es la previsión en todas partes, y más aún en nuestro país, parece, sin embargo, justificado anunciar que el Ateneo de Madrid, institución (quizá la única en España) hija de la iniciativa espontánea de sus socios, consagrada exclusivamente al culto de la ciencia y del arte, si la ha ejercido en su ya larga y honrosa historia, seguirá ejerciendo en la no menos brillante que el porvenir la reserva, una influencia cada vez más eficaz y fecunda en los grandes movimientos de la opinión pública, dueña aquí como en todas partes de los destinos sociales.

Fundadamente se puede y debe fiar también en que el Ateneo de Madrid no volverá á hallar en su camino obstáculos como los que opusieron á su vida las reacciones de 23, 54, 66 y 67. El Ateneo de Madrid se ha conquistado por sí mismo, ganándolo diariamente, el derecho á la vida. ¡Que sea tan próspera como la que alcanzó en sus más brillantes períodos es lo que todos debemos desear para bien propio y honra de España! La vida (sobre todo interna) exuberante que ha alcanzado en estos últimos tiempos la debió en gran parte al malogrado M. Nieto, cuyo amor por su segunda casa fué inextinguible. Viven aún

muchos de los que han sido de palabra y de obra protectores directos del Ateneo, y fuera exponerse á cometer olvido con dejos de injusticia enumerar algunos, para no citarlos todos. En la historia del Ateneo de Madrid figura el nombre de todos aquellos contemporáneos que han rebasado la línea de lo vulgar. Ya comienza á honrarles el Ateneo con su colección de retratos de socios ilustres; así ofrece enseñanza con el ejemplo de noble emulación á la brillante juventud que en etapas sucesivas va penetrando por sus puertas para darle nueva savia y vida.

Hace algún tiempo que se nota en el Ateneo de Madrid cierto marasmo en las discusiones, falta de interés en las conferencias y poca asiduidad á los trabajos colectivos. Y como no coincide semejante indiferencia, que estimamos momentánea, cual en otras épocas ha ocurrido con días de exaltación de las opiniones políticas, que parece arrastran consigo toda la vida y energía interior, y de otro lado nuestra cultura social adelanta, aunque lentamente si se compara con lo que sucede en otros países; habrá de explicarse tal relativa decadencia no sólo por cierto cansancio que siente el espíritu de las discusiones escolásticas y teóricas, sino por un sentido más positivo y un carácter más práctico que va tomando la educación intelectual. Provistos hoy de grandes medios materiales (bibliotecas bien dotadas, gabinetes científicos, museos, publicaciones quincenales, etc.), más se esfuerzan los estudiosos en asimilarse los datos científicos, que en discutir teorías prematuras. Pero

el paréntesis ha de ser necesariamente transitorio, pues otra vez los datos que actualmente se recogen, por la mayor amplitud extensiva é intensiva del saber, requieren una sistematización científica. A la discusión y depuración del espíritu sistematizador que informa los datos científicos y á propagar el culto al arte, movido siempre allá donde comienza la penumbra del saber científico, ha consagrado y seguirá consagrando su preferente atención el Ateneo de Madrid.

MORENO NIETO

D. José Moreno Nieto.

MORENO NIETO

Vitam impendere vero.

I

MORENO NIETO, el *sabio sin hiel*, como gráficamente le apellida el Sr. Cánovas (1), había entrado, antes de su prematura y sentida muerte, en la mansión de los inmortales. Alguien lo había dicho en presencia del ilustre extremeño, sin presentir siquiera lejano su rápido fin y sin entender que excedía el elogio de lo merecido, ni declaraba más que una verdad por todos aceptada, pues en aquella época (fines del año 1881) ya era considerado Moreno Nieto como el *Patriarca de su segunda casa* (el Ateneo). Cuando el autor de estas líneas leía el discurso en honor del malogrado Revilla (2), diciendo: «Dos almas nobilísimas (permitid el juicio, pues el Sr. Moreno Nieto ha merecido en vida la inmortalidad.....),» abrigaba la convicción de que la más alta personificación del Ateneo, aquella

(1) *Discurso* sobre su vida y obras, que precede al tomo de *Discursos académicos* de D. José Moreno Nieto.

(2) Véase pág. 23.

MORENO NIETO

dad del hombre y la vehemencia conque se movió en todo centro de cultura, agitando las ideas y con ellas las más nobles pasiones en pro de lo verdadero y de lo justo, no sería apreciado en todo su valer Moreno Nieto, si á los datos de su propia vida exteterior no se une la observación del proceso y desarrollo de su pensamiento, siempre vivo y siempre anheloso de inspiración y derroteros dentro de lo que él gráficamente denominaba *las grandes corrientes* de la ciencia contemporánea.

Si se prescinde de las decantadas *tendencias conservadoras*, de que han hecho gala algunos, elogiándolas en Moreno Nieto, para exaltar y defender determinados intereses políticos, conviene no olvidar que era tan profunda y en lo esencial tan fructífera la evolución del pensamiento del inolvidable ateneista, cuanto que á cada momento se anunciaban en él convicciones íntimas en pro de la libertad y de la tolerancia. De ellas daba elocuente enseñanza con el ejemplo, nunca interrumpido, de su laboriosa vida, discutiendo todas las opiniones y oponiendo á ellas constantemente las llamadas armas de razón. Si se sentía en posición desventajosa en alguna discusión, tenía la ingenuidad de declarar en *petit comité* (el que esto escribe se lo ha oído varias veces) que *sacaría el cristo* de las tendencias é intereses conservadores, que sobre todo durante el período revolucionario se albergaban en el Ateneo, buscando el fuego sacro de la inspiración y arte incomparables con que hablaba Moreno Nieto.

No es lícito, no, clasificar á Moreno Nieto como un conservador, y mucho menos justificada resulta tal apreciación, si se tiene en cuenta lo que se entiende en este país por conservador y la forma en que ellos mismos se definen, principalmente por su conducta arbitraria y por su política provocativa y de lucha eterna. Que Moreno Nieto defendió el año 1854 la unidad católica, que combatió en el período revolucionario el matrimonio civil, que en 1881 abogó por una demostración de afecto al Papado, frente á manifestaciones hostiles que por entonces recibiera en Roma; todo ello es cierto y obedecía en la determinación de tales actos políticos á convicciones seriamente profesadas, que no á conveniencias de partido; pero al lado ofrece la vida política de Moreno Nieto títulos más que suficientes para que se le considere acérrimo partidario de la libertad primordial y más eficaz de todas, la del pensamiento y la de la conciencia. Lo prueban hechos más numerosos y elocuentes que los citados en contra.

Aunque Moreno Nieto, *bonus vir* (que llamaba *crápula* la comida conque anualmente le obsequiaban jóvenes ateneistas, sus sinceros admiradores), predicaba la política, *pero no la hacía*, según afirma el Sr. Solsona (1), y á ella iba, porque la vehemencia vertiginosa de su actividad ni le consentía abandonarla, siquiera fuese «sacerdote nunca visto en el refectorio, siempre encontrado en el templo», como dice el Sr. La-

(1) *Revista de España*, t. 85.

bra (1), bien puede asegurarse que la resultante total de sus campañas políticas queda acentuada en las vías del progreso y en los caminos de la libertad con más relieve que en las direcciones opuestas. «Tenía, dice el Sr. Castelar (2), Moreno Nieto el ministerio histórico de fundar la tolerancia científica en nuestra dogmática é intolerante sociedad.»

Moreno Nieto predicó en la tribuna y en la cátedra la garantía más completa de la soberanía y de la libertad científica, y unió á la palabra lo que la hace más fecunda que las bellezas oratorias, la obra. Director de Instrucción pública, después del 3 de Enero de 1874, y cuando ya se anunciaban la reacción precursora de la restauración borbónica y las peregrinas teorías, que había de convertir en prácticas abusivas Orovio con sus draconianas y policiacas medidas contra el Profesorado, escribía Moreno Nieto en la *Gaceta*, circular oficial, donde consignaba que «el catedrático no tiene acá más juez de sus opiniones que su propia conciencia.» La proclamación terminante y oficial hecha por Moreno Nieto, constituído en autoridad, de la libertad de la cátedra, es un hecho olvidado casi por todos sus biógrafos (no lo hemos visto consignado en ninguno de los numerosos escritos que acerca de él hemos consultado) y que pone

(1) *Discurso* pronunciado por el Sr. Labra en la Academia de Jurisprudencia el día 6 de Marzo de 1882 en honor de Moreno Nieto.

(2) *Ilustración Española y Americana*, 1882.

fuera de duda y cuestión las cacareadas contradicciones de su espíritu, que si fué hijo de su tiempo y como su tiempo vaciló, nunca dejó que se extinguiera su amor á la libertad del pensamiento.

Después de la restauración Moreno Nieto defendió en las Cortes la tolerancia religiosa y en 1878 se opuso á la aprobación de las bases presentadas por el Sr. Toreno para una ley de Instrucción pública, declarándose de nuevo paladin de la libertad de conciencia. En esta discusión se vió obligado á hacer función de desagravios de la Revolución de Septiembre, tan maltratada por los reaccionarios, citando el hermoso símil que varias veces le habíamos oído en el Ateneo, comparándola con la Magdalena. «Cortesano de la desgracia, dice el Sr. Maestre (1) de Moreno Nieto, en los días de la Revolución de Septiembre combatió sus doctrinas, y cuando las mudanzas de la varia fortuna trajeron la restauración borbónica, desde la cátedra del Ateneo pidió su rehabilitación, alegando que había que perdonarla, porque, como la Magdalena, *había pecado por haber amado mucho.*»

Tan persistente era en Moreno Nieto su fervor por la libertad del pensamiento y de la cátedra, que en la única ocasión en que su gran amigo Ayala pudo trabajar con éxito para hacerle Ministro (los últimos tiempos de la primera época de mando de los conservadores), rechazó la cartera de Fomento, porque el Gobierno no aceptó la condición primera que él

(1) *La Justicia*, periódico.—24 Febrero 1888.

ponía para ocupar la poltrona, la de reintegrar en su cátedra y en todos sus derechos á los Profesores despojados en 1875 por Orovio. Contradicciones, veleidades, debilidad de carácter son calificativos que se le han aplicado y que en ocasiones ha merecido Moreno Nieto, más que nada por la ingenuidad de su manera de ser y de hablar, pero á fe que es oro de buena ley (al menos para estos tiempos) el que formó el carácter del hombre que, ante la integridad de sus convicciones, rechazó una cartera, la Meca de todos los políticos, cien veces ganada y para la que, al menos Ayala, le solicitaba con insistente diligencia y con un cariño semifraternal, condensado en las frases usuales que le dirigía y que todos hemos oído: «Infeliz, decía Ayala á Moreno Nieto, no sabes lo que tienes en esa cabeza; con astillas de tu madera se podía formar todo un Ministerio.»

Es, pues, necesario, si hemos de conocer en toda su complexión el carácter de Moreno Nieto y el alcance de sus nobilísimos propósitos, estudiar, á la vez que su biografía, escrita en hechos sencillos y modestos, pero todos por igual loables, su natural é idiosincrasia morales, el *medio interior*, en parte impuesto por las circunstancias (poderosas en él por cierta debilidad pueril de su carácter), en parte elaborado por el afán incesante del estudio y por la evolución y transformaciones de su pensamiento, anheloso siempre de lo nuevo y de lo último, al punto que le dominaba la inocente presunción de estar siempre al tanto de las corrientes del pensa-

miento en la Europa culta. En los últimos tiempos, señaladamente, se observaba que su carácter bondadoso y su trato llano y condescendiente no se excitaban nunca, mostrando susceptibilidad y amor propio (talón de Aquiles, donde son heridos y donde se malogran tantos tenidos por grandes), sino al ver que en discusiones públicas ó en conferencias privadas citaban delante de él obras ó escritos modernos, de que al momento no pudiera darse por enterado. Aún recordamos noche en que salió malhumorado de una discusión del Ateneo, prescindió de su clásico sorbete, tropezó con su indispensable brasero, se refugió en su habitual retiro de la Biblioteca y á las doce de la noche, con actividad vertiginosa revolvía índices, libros, revistas, *Comptes-Rendus* y cuanto tenía á la mano, sin hallar pasto á su voracidad, ni conseguir calmar su vehemente deseo. Hubimos de preguntarle el motivo de su agitación, y levantándose sobre aquel montón de libros revueltos y con la rápidez pasmosa de su frase y apóstrofes impropios de su bondad congénita, decía: «Busco, y no me acos» taré hasta que lo halle, aunque creo que no existe, » porque no lo conozco yo, un Ruge ó Rugen, ó Ru» gand, que ha citado el Sr. N. en la discusión, y » presumo que, más que filósofo ó jurisconsulto, será » una *arruga* del entendimiento de mi contrincante.»

Las *pequeñeces* de los grandes enseñan á veces lo que no ponen de relieve sus propios méritos, y aunque la citada de Moreno Nieto pueda parecer una futesa, bien claramente muestra la homogeneidad de

su carácter, inocente en sus presunciones é inofensivo en sus propias faltas. Pero los intersticios de luz que se perciben á través de tales espontaneidades, sirven de prueba incontrastable de lo que decimos, á saber: de la necesidad de que la personalidad de relieve se destaque como un producto de la conjunción de las influencias y medio exteriores con las condiciones ingénitas y el natural propio del medio interior. De igual modo entiende el célebre C. Bernard, en el sentido fisiológico, que no puede ser conocida, exacta y adecuadamente la naturaleza y manera de ser del organismo vivo, sino mediante la síntesis y concurrencia del medio exterior con el interior.

Tal es la exigencia, ¿podremos darla por cumplida y satisfecha? Intentarlo puede ya parecer algo presuntuoso; declarar los datos conque creemos contar para acometer el empeño, siquiera no alcancemos el éxito, nos parece condición previa para revestir nuestra apreciación de toda la impersonalidad de que sea susceptible el sincero afecto y la desinteresada admiración, que en vida nos mereció y en muerte nos sigue mereciendo la persona y la obra de Moreno Nieto. De su importancia atestiguan más que las obras que deja escritas, los ecos, aún conservados en el recuerdo de muchos que viven, de sus elocuentísimos discursos, contradictorios á veces los unos de los otros, pero reflejo todos ellos de las luces geniales, con que concebía aquel gran cerebro la trascendencia y la vida de todos los problemas contemporáneos.

II

« Se trata, dice el Sr. Uña (1), de Moreno Nieto, de » un hombre digno del más detenido estudio, así por » lo que ha sido y hecho en su vida, como por lo que » ha dejado de ser y de hacer; se trata de un hombre, » por otra parte, cuya grandeza é importancia prin- » cipal ha de ser apreciada por sus contemporáneos, » á quienes él ha consagrado los más sabrosos frutos » de su actividad y de su privilegiado entendimiento; » y así como otros hombres pasan á la posteridad » en sus obras, M. Nieto tiene que pasar en los jui- » cios que de él hagan los que con tanto provecho » como deleite han oído una y mil veces, sus admi- » rables y sabrosas enseñanzas. Si sus contempo- » ráneos no pudieran formar una idea exacta de lo » que M. Nieto ha sido, para legarla por tradición » á los venideros, éstos no alcanzarían seguramente » á formarla: las obras que deja el ilustre sabio no lo » presentarían, ni remotamente, en todo su valor á » la posteridad. »

Así lo entiende también el Sr. Cánovas (2), cuando dice: «M. Nieto valía más, mucho más que los

(1) Carta á *La Democracia,* periódico de Badajoz.—28 Febrero 1882.

(2) Discurso citado.

» escritos que deja, más que sus discursos parla-
» mentarios, más aún que sus discursos de polémica
» científica y á los cuales debe especialmente el títu-
» lo de maestro que le ha otorgado ó reconocido toda
» la juventud de su tiempo.» De igual modo creemos firmemente que M. Nieto *fué hombre superior á su obra*, razón que tenemos en cuenta para dar suma importancia al conocimiento del hombre, sobre el de su existencia, en general la exterior modesta y obscura, y sobre el de sus obras, las que quedan, luces fugaces que sólo en perspectivas de reflejo ofrecen las cualidades salientes de aquel grande é infatigable espíritu, dejando en la penumbra su laboriosidad perenne y su decidida devoción á la verdad.

Para conocer al hombre, hemos registrado cuidadosamente cuantos escritos se ocuparon de él con motivo de su prematura muerte; hemos recurrido al Conserje del Ateneo, D. Teodoro Sánchez, que conserva de M. Nieto un culto y recuerdo superiores á todo encomio; hemos puesto á contribución nuestros propios recuerdos, eco de una amistad (honra por nuestra parte inmerecida) que durante veinte años nos dispensó el ilustre extremeño, y de varias discusiones que con él mantuvimos, pocas en público y muchas privadamente, frecuentes y largas las últimas, porque algunos de los objetos de estudio de M. Nieto merecieron siempre nuestras preferencias; y finalmente hemos tenido presentes muchas de las discusiones que le oímos sostener y aun bastantes de las que él mismo nos refería.

Muchas veces le hemos oído el relato fiel, vivo y acalorado de las primeras discusiones que mantuvo en casa del Sr. Marqués de Heredia, primero con el tradicionalismo escolástico del Sr. Ortí, después con el tomismo de los Pidales y Pérez Hernández, profesando por entonces M. Nieto un *espiritualismo*, abierto, como él decia, á todos los progresos legítimos del pensamiento y que consagrara con su adhesión el sentido tradicional de la Historia. En aquella época, desde 1858 en adelante, comenzó M. Nieto el estudio detenido del movimiento idealista de la filosofía alemana á partir de Kant. De aquel tiempo data su conocimiento y adhesión al Heguelianismo, *catedral del pensamiento*, como él le denominaba, gigantesca construcción, á la cual entonó tantos himnos y ditirambos en prosa cuantos fueron sus discursos, que fueron muchos.

Posteriormente le oímos referir, y aun presenciamos, las discusiones que mantuviera con la *ortodoxia Krausista*, defendida por los primeros discípulos de Sanz del Río. Crispaba los nervios á M. Nieto, pensador de alto vuelo y orador de inspiración espontánea, la real ó aparente impasibilidad del *rigor lógico* con que los krausistas procuraban ó reproducir ó dar por resuelto el problema crítico del conocimiento. La propedéutica ó metodología krausista pugnaba con todas las condiciones del talento y modo de ser de M. Nieto. El *hervor de vida*, su frase favorita, que sentía en su pensamiento y en su corazón, se asfixiaba ante rigorismos y circunspeccio-

nes que él no concebía y fustigaba conclusiones y doctrinas que él presumía descubrir y que luego no resultaban..... (1) Quizá no hubo teoría ni doctrina (y ninguna pidió plaza en la cultura de nuestro país sin que él la examinara) que excitara más á M. Nieto que el krausismo, cuyos triunfos en la enseñanza oficial le disgustaban, siquiera no concibiese jamás él, consagrado al culto de las ideas, sabiendo muy bien que son incoercibles, para combatirlos, la especial argumentación, en forma de barredera, árbitrada y puesta en práctica por Orovio.

Allá, por los años de 60 al 66, discutía constantemente M. Nieto en el Círculo Filosófico de la calle Cañizares, y aun recordamos noche en que uno de los socios exponía un libro de Proudhon en discurso kilométrico, que había concluído por dejar profundamente dormido á M. Nieto. Hubo de concederle la palabra, para contestarle, el Presidente; se levantó M. Nieto medio dormido é hizo un brillante discurso, refutando el que debía de haber oído si hubiera pedido permiso á Morfeo. Era la época en que sus detractores decían de él que «comenzaba por saber lo que todos pensaban, para concluir por ignorar su propio pensamiento.»

La oposición á aquel renacimiento del pensamienso filosófico en nuestra patria acentuó por contradic-

(1) «Los inolvidables discursos de M. Nieto daban á la filosofía una fuerza dramática que no le viene mal.» CLARÍN. *Folletos literarios.*

ción las llamadas *tendencias conservadoras* de M. Nieto, inclinándose á la *Derecha hegueliana* y tomando puesto en el partido conservador, después de la restauración, merced á su afecto entrañable á Ayala.

A la vez y de modo continuo, mantenía, primero en un Círculo de la Carrera de San Jerónimo, más tarde en el mismo Ateneo, polémicas vivas con la Escuela economista, defendiendo, contra doctrinas que estimaba extrañas, el sentido tradicional de la política económica y un socialismo vago é indeterminado, que justificaba con razones de sentimiento, inferidas de sus creencias cristianas.

Las Academias nocturnas del claustro de Profesores, fundadas después de la Revolución, ofrecieron también á M. Nieto motivo para mostrar su constante amor á la polémica científica. Discutió en varias sesiones el concepto de la vida y de lo orgánico, oponiéndose tenazmente á los primeros anuncios de las doctrinas del naturalismo científico y defendiendo tímidamente una evolución de lo orgánico dentro de la ortodoxia cristiana. En tanto seguía con asistencia asidua y con interés creciente las discusiones de la Academia de Jurisprudencia, donde era paladín resuelto de los derechos individualos con la intervención del Estado para regular su práctica, y exponía su concepto del derecho y del poder, personificados en una institución tutelar á que se han acogido después todos los doctrinarismos con lo denominado *resortes de gobierno*.

Todas estas ocupaciones, á las que se sumaban las

de su cátedra, las frecuentes conferencias en el Fomento de las Artes, en el Círculo de la Juventud y en otros varios centros de cultura, no impedían á M. Nieto la asistencia á las Secciones del Ateneo, donde unas veces desde la presidencia, otras desde los bancos de los socios, discutía con el ardor que le era habitual todos los problemas puestos al debate. En el Ateneo fué donde quedó consagrada su reputación de polemista incansable. Con el espíritu vario, sincrético de aquella Corporación, se identificó el de M. Nieto. En él se encontraba como en su propia casa. A él debió principalmente el Ateneo su florecimiento y el interés vivo de sus discusiones, señaladamente después de la Revolución de Septiembre. M. Nieto « fué carne de su carne y espíritu de su espíritu; con él vivía en tal comunión de vida, que no parece sino que al morir lo deja huerfano. » (1)

Escribía el mismo M. Nieto en cierta ocasión, explicando en lenguaje semi-místico el consorcio de su espíritu con la institución del Ateneo. « Aquí, decía, » más joven, he encontrado siempre la inspiración y » el calor que dan los altos pensamientos que aquí, » como en su patria natural, palpitan y circulan, y » que ya, cuando más entrado en años, veo desapa- » recer halagüeñas ilusiones, ó siento mi ánimo toma- » do de angustia y desencanto en medio de nuestro- » turbados días, busco y hallo en él, como en sagrado » recinto, la calma que consuela y fortifica y el per-

(1) *Discurso* del Sr. Cánovas

» fume de la ciencia, asilo, hoy, de los corazones
» desolados y de las almas afligidas. »

En el Ateneo es donde principalmente hemos conocido y tratado á M. Nieto. Allí hemos tenido la honra de discutir con él algunas veces, y el sentimiento de hallarnos en disidencia de doctrinas é ideales; porque siempre hemos considerado, aun en las ocasiones en que el eco simpático de su voz se traducía en acentos de concordia, que era por demás viejo el odre en que él quería echar el vino nuevo, y que era irrealizable su generosa aspiración de « jun-
» tar con lo presente lo pasado, y ver de conciliar
» con los dictados de la fe los fueros de la razón, y
» con los intereses de la libertad los del orden y la
» autoridad. » A tal convicción nos ha llevado y en ella nos mantiene, entre otras razones, la nada despreciable que hemos recogido de las polémicas sostenidas con M. Nieto y de su pensamiento vacilante é incoloro, donde reñían batalla continua el hombre nuevo y el viejo, todo ello porque la inspiración genial de su espíritu y el ditirambo encomiástico con que su alma de artista ensalzaba lo antiguo y tradicional, le impedían seguir en todas sus consecuencias el alcance de la crítica moderna, que requiere una renovación completa del sentido de la vida y del concepto de la realidad.

Refutamos las doctrinas y teorías de M. Nieto, á veces con el mismo calor con que él defendía las suyas; pero ya que se afirma usualmente que la hora de la muerte, cuando no se llena hueco, es la de los elo-

gios, pretendemos, quizá inmodestamente, haber juzgado en vida á M. Nieto con imparcialidad y justicia, al menos en la intención (que es de lo que íntegramente responde el hombre), aun en las ocasiones en que le combatíamos. En prueba de ello, nos referimos (ya que no llegue nuestra audacia á transcribirlas aquí) á las líneas escritas (1) exponiendo nuestro humilde juicio acerca de los discursos sobre el origen del lenguaje, pronunciados por M. Nieto en la época en que estaba en todo su auge el patriarcado científico por él ejercido en el Ateneo, y á las publicadas bajo el título *Un duelo nacional* (2), en que á vuela pluma quisimos unir al coro general del dolor, el nuestro, sincero y leal como el de todos, producido por la muerte de tan insigne patricio.

Cuestionando con M. Nieto, hemos procurado apreciar el fondo de su carácter personal y la movilidad de sus convicciones. Algo *susceptible* respecto al valor de su pensamiento y de su palabra, sobre todo en los últimos tiempos, tenía M. Nieto toda la candidez del niño y todo el vuelo genial del artista, y confesaba (pues no le dolían prendas, ya que sabía que podía impunemente discutir los móviles, siempre puros, en que inspiraba convicciones y conducta) que la inconsistencia de su criterio era producto natural de su cultura, adecuada á la ley de los tiempos. *Yo*

(1) En el periódico *El Demócrata*.—Marzo de 1880.

(2) Carta al periódico *El Canton Extremeño* en Febrero de 1882.

soy del presente, nos decía, con el pensamiento y con la idea, que no en balde he amamantado mi inicial entrada en la patria de las ideas, leyendo al estoico moderno, Kant, y meditando ante las perspectivas que deja entrever esa inmensa catedral del pensamiento, que se llama la filosofía de Hegel; pero *yo quiero seguir perteneciendo al pasado*, añadía, porque el sueño hermoso de la Edad Media ha de fructificar en su día, condensando aquella germinación fecunda del Cristianismo todas las grandes corrientes de la humana cultura.

Extranjero dentro de sí mismo, sólo encontraba M. Nieto su verdadera patria en aquella *ciudad ideal*, soñada por Schiller, y que él veía, con ojos de artista y con tonos melancólicos, sombría y triste, observando que escapaba de las manos de la Religión el centro impulsor y propulsor de toda la vida colectiva. Y se refugiaba en el idealismo como tabla de salvación, pidiendo que la ciencia y el arte cumplieran la misión antes encomendada al fin religioso, lo que él denominaba la *cura de almas*. Con anhelos rayanos en el vértigo, buscaba M. Nieto materiales para su soñada ciudad ideal, formando pirámide indefinida de libros, revistas y periódicos en el ángulo de la biblioteca del antiguo Ateneo, que debiera reverberar luz inextinguible si existiera perfecta armonía entre el mundo físico y el moral.

La cultura de M. Nieto, formada en la agitación febril de la vida presente, algo influída del predominio de una neurosis gradualmente acentuada, cultura en

parte de aluvión, universalísima, extensa, pero *poco intensa* (pues no puede el hombre abrazar todos los matices del pensamiento humano, de suyo complejísimo, como lo es la realidad cuya percepción persigue), explica, unidas á las declaraciones del propio M. Nieto de querer ser *hombre del presente* y á la vez *seguir perteneciendo al pasado*, las contradicciones de que fué acusado en vida y el tejer y destejer en que aparentemente movía su actividad infatigable. El *Nihil mirari*, condición primordial del pensador, la *lex parcimoniæ*, norma indispensable de toda investigación, eran letra muerta para el alma de fuego del Presidente del Ateneo. Pero en medio del mal sabor que le dejara el proceso del pensamiento contemporáneo, cada vez más *tomado*, como el decía, de un espíritu crítico y siempre desviado de las vías católicas, dentro de cuyos moldes quisiera él haber encerrado toda especulación, jamás se negaba á los éxitos evidentes, si bien al aceptarlos gritara, cuándo animoso y creyente, cuándo en tonos ascéticos y jeremíacos, pidiendo filtrar en todo lo divino y lo ideal, fuente, decía, de toda suprema verdad y de toda soberana belleza.

Los tonos viriles de sus hermosos discursos, los acentos nostálgicos que sucedían á sus audaces imprecaciones y las bellísimas controversias en que retrataba por modo escultural el pro y el contra de todos los problemas, le hacían aparecer como gladiador que obtenía siempre el triunfo; pero ¡que triunfo más costoso! Cada discurso suyo (tan ingenuo era su pensa-

miento y tan espontánea su oratoria) era un pedazo de su corazón, era toda su conciencia arrojada á la arena del debate, saliendo grandemente modificada. Aparecía vencedor y quedaba vencido, no por los demás, que pocos le igualaban y menos le excedían en condiciones personales para la polémica, sino por sí mismo, que, sincero y leal consigo, abría los poros de su inteligencia á todos los legítimos triunfos del pensamiento contemporáneo.

Con un *medio interior* como el que dejamos bosquejado, nutrido abundantemente de la cultura moderna, con las condiciones personales que ponía de relieve en todos sus discursos, razonando y hablando *ex abundantia cordis*, sobresaliendo por encima de todo la ingenuidad de su carácter y la transparencia de su alma, M. Nieto poseía la primera de sus aptitudes, la oratoria, de un modo específico, *sui géneris*. Era la suya exclusivamente propia, fogosa, espontánea, tan poco dueña de sí que la dominaba cualquier espíritu ingenioso y crítico, interrumpiéndole en determinado sentido é imponiendo derrotero fijo á sus discursos. Alguna vez (qué recuerdos más tristes y agradables á la vez, pues causan el *placer del dolor*) nos decía el malogrado Revilla: «Vamos á hacer que hable M. Nieto esta noche en *demócrata*,» y comenzaba con diatribas ingeniosas é interrupciones concisas y enérgicas á despertar el espíritu liberal, dormido á veces, de M. Nieto. Y entonces se acordaba de su propósito de ser *hombre del presente*, olvidaba las cimas de lo ideal y de lo divino, dejaba á un lado los fundamentos

sociales, no volvía á citar los *bajos fondos* del positivismo huero y del materialismo grosero, calificativos que en él no tenían alcance ninguno, y se volvía sobre sí el gran orador, cual si le descubrieran punto vulnerable; y prescindiendo de que hablaba desde la célebre *Derecha*, llevando la voz de lo tradicional y conservador, entonaba ditirambos á los tiempos modernos, llamaba *ola que sube* á la democracia y apellidaba *nuevo Sinaí* á la Revolución francesa. ¡Qué hermosura de palabra y que gráficos apóstrofes! M. Nieto era orador más que nada y perdía mucho la dialéctica de su pensamiento ante el fulgor de su inspiración artística (1).

Dotado de suma viveza de ingenio (aunque jamás gustó de la sátira), con una memoria feliz, hábil y acertado en símiles y asociaciones de ideas, Moreno Nieto, aun enfadado y fuera de sí, soltaba la *caja*

(1) «Pero M. Nieto era, ante todo y sobre todo, orador. » Aquella palabra torrencial, aquella frase cargada de todos los » colores del iris y empapada en todas las variedades del sen» timiento, aquel vuelo de la fantasía, aquellos movimientos con» vulsivos, aquel revolver de ojos al cielo, como para recibir en » la pupila el fuego de la inspiración, aquel sacudir de las me» lenas como para echar de la cabeza el pobre cabello que opri» mía el cerebro y entorpecía los efluvios de la idea, y aquel » apóstrofe y aquel gran período, los dos principales recursos, » las señales más positivas de la elocuencia. ¡Oh! aquello todo » era lo típico, lo maravilloso, lo inseparable en M. Nieto, ora» dor en la tribuna, orador en los pasillos, orador en la calle, » orador en la conversación, orador en todas partes y orador de » la gran raza en esta tierra clásica de los oradores.»—LABRA. *Discurso* pronunciado en la Academia de Jurisprudencia.

de los truenos y resultaba siempre inofensivo é inocente aun en lo más agrio de las polémicas, porque sus ingenuos paréntesis y sus generosas salvedades y sus benévolos apartes, ponían botón tupido al florete que esgrimía. Y todo ello lo hacía por modo natural, sin esfuerzo, libre de toda intención segunda. Podía ser *adversario* de todos, no era capaz de encontrar en nadie un *enemigo*. Tal era el hombre, superior á su obra, mejor que las apariencias, grande en sus pequeñeces y santo que no necesitaba peana. Era M. Nieto de los hombres que ganan en consideración y respeto á me dida que se les trata con más frecuencia é intimidad. Oído en aquel gran escenario de su Ateneo, excitado por el ardor de la polémica y arrojando de sus labios elocuentes, contra sus adversarios, acusaciones, á veces no bien meditadas (tal era la espontaneidad de su oratoria), podía, sobre todo si los tonos de concordia brillaban por su ausencia, inspirar M. Nieto antipatías momentáneas; pero luego que en los célebres pasillos se veía acosado por los que murmuran en el pórtico y se callan en el templo, revelaba el fondo de sinceridad de sus ideas y afectos al límite de ofrecer armas y argumentos á sus propios adversarios. Era, en efecto, M. Nieto *mejor aún de lo que parecía*.

Digamos algo ahora de su modesta y laboriosa existencia.

III

Nació M. Nieto el 19 de Marzo de 1825 en el pueblo de Siruela, de la provincia de Badajoz. Hijo de una familia modesta, ayudado por ella y dirigido por dos tíos, uno farmacéutico y otro clérigo, salió á los ocho años á estudiar latinidad al convento de Guadalupe, y de allí fué después á seguir los estudios de leyes y filosofía á Toledo y posteriormente á Madrid.

Desde sus primeros años mostró afición insaciable á la lectura y al estudio, aun de los asuntos más diversos, en los cuales hacía ostentosa gala de su prodigiosa memoria, señaladamente para el aprendizaje del latín y del árabe, no necesitando nunca buscar más que una vez las palabras en el Diccionario.

Como muestra del temple de sus facultades, refiere el Sr. Eguílaz (1) la siguiente anécdota. Contaba á la sazón M. Nieto poco más de trece años y cursaba el último de filosofía. Sucedió, pues, que agotada la lectura de la modesta librería de su tío, andando una

(1) Discurso de D. LEOPOLDO EGUÍLAZ en la velada celebrada para honrar á M. Nieto en el Liceo de Granada.—Marzo de 1882.

mañana en rebuscas de nuevo pasto intelectual, tropezaron sus ojos con el manuscrito de un sermón que un clérigo, amigo de aquél, le había remitido para corregirlo. A solas M. Nieto, repantigado en el sillón de vaqueta de su tío, leyóle en alta voz y con tono enfático, á guisa de predicador novel que ensaya la ejecución desde el principio hasta el fin. Pero quiso su mala suerte que apenas terminada la declamación, le entrara por las puertas del sentido pesadísima modorra, durante la cual, deslizándose el manuscrito de sus manos al brasero que había debajo de la mesa, no tardó en ser pasto de las llamas. En estos críticos momentos, y cuando la estancia se hallaba envuelta en humo, penetra en ella su tío, el cual, viendo por lo que restaba cuyo era el objeto que producía aquel fenómeno, sin poder contener su irritación y despecho despertó bruscamente al autor de tal desacato. A suceder iba la explosión de la ira á las reconvenciones, cuando abrazándose M. Nieto á las rodillas de su tío, le suplicó con acento insinuante que perdonase aquel accidente involuntario, prometiéndole que estaba dispuesto á reparar el daño causado. O no entendió el buen clérigo la respuesta del sobrino, ó si llegó á sus oídos, le pareció la promesa tan desacordada y loca, que, desembarazado de él, salió de la habitación á referir á su ama de gobierno el grave compromiso en que su sobrino le había colocado. Buscando salida al aprieto se hallaban conversando, cuando presentándose M. Nieto con unas cuartillas en la mano, encarándose con su tío le dijo: «No se aflija Ud. por lo

sucedido; todo lo remedia Dios: aquí tiene Ud. el sermón de su amigo.» Y con efecto, su poderosa memoria había reconstruído y escrito en el breve espacio de una hora los conceptos y hasta el lenguaje y estilo del original.

Vino M. Nieto á Madrid el año 1843 para terminar su carrera, y en 1846 (á los 21 años de edad) ganó por oposición la cátedra de lengua árabe de Granada, cátedra que desempeñó con la interrupción del bienio progresista (que representó en las Constituyentes á Granada) hasta el año 1858. De sus aficiones orientalistas, ya iniciadas en Toledo, sólo dejó, aparte su enseñanza en Granada, la *Gramática arábiga*, que escribió por orden del Gobierno y que publicó sólo por compromiso de honor en 1874, y el *Estudio crítico sobre los historiadores arábigo-españoles*, discurso leído en 1864 ante la Real Academia de la Historia (1). También pensó, unido con su amigo el erudito Lafuente Alcántara, en la publicación de una *Historia de la dominación de los árabes españoles*, que no llegó á escribir, abandonando el proyecto al morir Lafuente Alcántara y al extender el vuelo de su pensamiento á asuntos de más vivo empeño y de lucha más constante.

En Granada fué Presidente del Liceo; movió mucho la opinión en pro del partido progresista, lo cual le valió la elección para las Constituyentes del 54,

(1) Se halla publicado en el tomo, que costeó el Ateneo, de sus *Discursos Académicos*.

donde pronunció discurso elocuentísimo contra los que proponían la libertad religiosa y combatió el sufragio universal, mostrando vacilaciones, incertidumbres y doctrinarismos en su criterio político, que le hicieron ingresar en 1859 en la unión liberal, al lado de Ayala. Diputado por Castuera en 1865, aceptó después la Revolución de Septiembre, de cuyas Cortes fué también diputado, aunque representó en ellas la derecha de la mayoría con Ayala. Siguiéndole siempre, figuró como ministerial en las Cortes de la restauración, llegó á Vicepresidente del Congreso, ejerció de Presidente interino y no obtuvo la presidencia á la muerte de Ayala. En 1881 era senador elegido por la Academia de la Historia, después de haberse opuesto á presentar su candidatura frente á la del Marqués de Corral en la Universidad Central.

Desde 1859, en que ganó por oposición la cátedra de la Universidad Central «Historia de los Tratados», se había establecido definitivamente en Madrid Moreno Nieto. Fué dos veces Rector de la Universidad Central, la segunda por elección unánime del Claustro de profesores, y en 1874 Director de Instrucción pública. En todo este tiempo abundaban para M. Nieto los cargos gratuitos y honoríficos, y él vivía modestamente del sueldo de su cátedra y de una correspondencia para el *Diario de la Marina* de la Habana, que le proporcionara Ayala. En 1860 fué nombrado individuo de la Junta general de Archivos y Bibliotecas, y elegido en 1863 y en 1879 respectivamente, individuo de número de las Academias de la

Historia y de la de Ciencias Morales y Políticas. En 1874, la Academia de Jurisprudencia le nombró su Presidente, rompiendo la tradición de la casa, que pide que á ese elevado puesto no se llegue sino después de haber ocupado el de Ministro; y luego, en 1875, le aclamó miembro perpetuo de la Junta Directiva, honor creado para el sabio Maestro.

En el largo trayecto (largo en relación á su prematura muerte á los 57 años) de tiempo que media desde 1859 hasta 1882, en que todos los centros de cultura colman de honores y distinciones á Moreno Nieto, éste no se niega á ninguno de los trabajos y atenciones que tales cargos le suministran, pero se acoge preferentemente al puerto de refugio del Ateneo, su segunda casa y escenario donde obtiene sus más legítimos triunfos como orador y polemista. En el Ateneo vivió como en su propia casa; allí lo ha sido todo (1), Bibliotecario, Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, y Presidente en 1874 y en cinco reelecciones sucesivas. En medio de tantos honores, autoridad indiscutible en el punto ha dicho:

(1) M. Nieto ha sido Presidente del Ateneo seis años seguidos, honor que no alcanzó nadie antes que él; once años Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas y mucho tiempo Bibliotecario del mismo Centro. Aparte su intervención obligada en casi todas las discusiones, dió en el Ateneo varias conferencias: las primeras, en 1856, versaron sobre *La filosofía* de los árabes, otras muy notables explicó en 1868 sobre el *Estado del pensamiento en Europa*, y la última fué la de Introducción al curso de Historia Universal.

« que, al saber la muerte de M. Nieto, todo el mundo
» sintió y vió claro, inmediatamente, que á aquel hom-
» bre se le había quedado á deber mucho en vida,
» y era justísimo, indispensable, pagárselo, aunque
» fuese después de muerto. »

Del Ateneo salió M. Nieto herido de muerte, sintiendo, en su clásico asiento de la Biblioteca, molestia que le anunciaba lo que fué cólico mortal, que le privó de la vida en cortas horas. Murió el 24 de Febrero de 1882. Momentos antes de sentirse enfermo, leía varios libros inspirados en las novísimas teorías del Naturalismo artístico; entre ellos la célebre novela, que se tiene por Biblia de la nueva escuela, *Mme. Bovary*, de Flaubert. Se preparaba M. Nieto para intervenir en las discusiones de la Sección de Literatura, donde se debatía la nueva tendencia artística. Hubieron de pedirle algún pensamiento para el álbum de una distinguida dama, y M. Nieto, siempre ingenuo y teniendo en los labios lo que preocupaba su pensamiento, escribió en unas cuartillas la protesta bien sentida contra el Naturalismo, que copiamos á continuación: « ¿Qué me habláis de Natura-
» leza? Sólo se cuida de ser, de moverse, de agitarse,
» de vivir, y, ciega é inconsciente, no repara si es ó
» no bella su obra. ¡Qué de disonancias, cuánto
» de imperfecciones en la vida!

» El Arte vence esa Naturaleza, la transfigura,
» anuncia la idea que late obscurecida y aprisionada
» bajo el símbolo, y la saca á la luz del mundo para
» que resplandezca ante los ojos del hombre. Al con-

» tacto de la idea, es decir, de lo divino, los cora-
» zones se estremecen y el hombre interior siente mis-
» teriosos sobresaltos y elevaciones.

» ¡Ah, sí! El arte es purificador. El levanta y re-
» genera; no como la moral, señalando preceptos aus-
» teros, sino enamorando el alma con el sublime re-
» flejo de la belleza. Por eso su misión es tan grande
» en el presente y será tan augusta en el porvenir.
» ¡Decaídos los caracteres, sin aliento los corazones,
» sólo renacerán á nueva vida, al potente conjuro del
» Arte, agitando el ideal!

» ¡Quién es el que, siendo creador y redentor,
» olvida su papel y se arrastra en bajas regiones; que
» se reduzca á copiar la incompleta é imperfecta rea-
» lidad!

» ¡Por Dios!

» Que lleven á todas partes esa doctrina, pero que
» nos dejen ese santuario del Arte, que al menos
» pueda esa maga encantadora consolarnos con sus
» hechizos del fastidio de la vida. »

« Me siento algo mal », dijo al rubricar las cuartillas que dejamos transcritas; salió en dirección á su casa acompañado del Conserje del Ateneo, y á las pocas horas de estar enfermo moría M. Nieto de igual modo que había vivido, *sicut vita, ita mors.* Apenas si alguno de sus numerosos amigos supo que estaba enfermo, porque corrieron juntas las noticias de su enfermedad y de su muerte. Pueden considerarse aquellos últimos pensamientos (que consagrarán el tiempo y el respeto de las gentes), más que como tes-

tamento literario, como síntesis de las aspiraciones constantes del alma genial de M. Nieto, sacerdote del culto al ideal.

Fuera empeño estéril describir la serie no interrumpida de honrosas deferencias con que siguieron sus restos todos los que le conocían. La Universidad custodió en su Paraninfo el cadáver; la Academia de Jurisprudencia, el Ateneo, todas las Corporaciones se unieron al cortejo. El Gobierno mismo pagó al ilustre finado el tributo de respeto que mereciera acompañando sus restos.

¡Qué espectáculo el entierro de M. Nieto! ¡Cómo reconcilia con la vida y con los hombres! M. Nieto, que ni siquiera fué Ministro, ha sido acompañado á su última morada por todas las clases sociales. Ni un soldado, ni un uniforme iban en su entierro; nada era oficial ni preparado; todo era espontáneo. El pueblo de Madrid interrumpió durante largas horas su vida ordinaria, el tránsito por sus calles, el tráfico de sus arrabales; todo ¿para qué? Para honrar lo más positivo y real que existe en el mundo; la ciencia y la virtud de un hombre que no tuvo más pensamiento que la investigación de la verdad y la propagación de la cultura en su patria.

Todavía Universidad, Academias y Ateneos siguieron celebrando veladas en honor de M. Nieto; las Cámaras, el Gobierno, la opinión, la subscripción pública, toda la explosión de aquel silencio impuesto á sus admiradores por su gran modestia, arbitraron medios para honrar la memoria del sabio Maestro y

ofrecer condiciones de decoro y bienestar á su familia; porque hombre de tan grandes cualidades, *había muerto pobre.*

Ya que hemos bosquejado la condición interior del hombre é indicado las múltiples relaciones en que se moviera y la diversidad de círculos que frecuentara, llevando á todos la actividad vertiginosa, que se traducía en la rapidez de su oratoria, procuremos, para concluir, precisar brevemente su obra y su influencia en la cultura patria, señaladamente en el Ateneo. Ni deja obras que sean más que reflejo mortecino de sus relevantes cualidades, ni en la vida exterior logró éxitos que correspondieran á sus méritos. La obra más valiosa llevada á cabo por M. Nieto, es la grabada en la energía instable, rápida, viva y movida de sus hermosos y nutridos discursos; es la cumplida en su magisterio incansable, despertando tanto entendimiento dormido y haciendo surgir en todos los corazones puros el entusiasmo por la verdad.

IV

Decía Gœthe que sólo merece el calificativo y la consideración de *hombre* « el que ha engendrado un hijo, plantado un huerto y construído una casa. » Interpretando el simbolismo del gran artista puede afirmarse que M. Nieto es y merece la consideración de *hombre*, porque ha plantado, no arbusto, sino árbol frondoso, en la cultura de la patria, y ha construído ó por lo menos reedificado el Ateneo con la viveza de su polémica y el fuego de su oratoria. Y en todo ello, dejando aparte el éxito, ha revelado tales condiciones personales, que, según ya hemos indicado, *el hombre resulta superior á su obra*, engañándose, respecto al valer de M. Nieto, quien sólo le aprecie por las obras que deja, algunos discursos escritos á vuela pluma.

La obra que persiguió con tenaz empeño, señaladamente en el Ateneo, era, más que ecléctica, *sincrética*, especie de *Panteón romano*, donde anhelaba coordinar cuantas verdades parciales recogía del inmenso cambiante de luz que se denomina el espíritu humano. El llamaba, con la ingenuidad de su carácter bondadoso, á juicio contradictorio á todas las escuelas. Alma de artista y espíritu de intuiciones,

nunca conseguía que depusieran en su relativa intransigencia, las opiniones encontradas, y luchando siempre entre dos fuegos, jamás revelaba M. Nieto lo que era y lo que pensaba, arremetiendo á tirios y troyanos. Su natural salía á plaza cuando los tonos de su arrebatadora elocuencia eran acentos de concordia.

Pero erró capitalmente en este su empeño el gran M. Nieto. Él, que reconocía que los tiempos eran de lucha, que la crisis, iniciada en el pensamiento, se extendía á todas las energías de la vida, debió comprender que no puede el individuo, siquiera se halle como él dotado de condiciones excepcionales, precipitar el *curso de los tiempos*, menos aún de los tiempos en que hace determinado asiento el espíritu colectivo. A veces hablamos de esta nuestra íntima convicción con el mismo M. Nieto, al verle salir jadeante, sudoroso y fatigado del salón de discusiones del Ateneo, después de haber, nuevo Ingenioso hidalgo, repartido mandobles á los molinos de viento que él imaginara; y con la sinceridad que le era propia, decía: « No me comprenden ustedes, ni derecha » ni izquierda; yo deseo concebir la realidad y tra- » ducir la concepción á la vida, dentro de la dialéc- » tica hegueliana ó de la evolución, precedida del » gran misterio, el acto inicial y creador, y cerrada » en su cúpula con el gran drama del Calvario. »

Y en tejer y destejer continuos, nadie cedía, sino el propio M. Nieto, que, unas veces avanzando, otras retrocediendo, pero siempre estudiando, se vencía y

convencía á sí mismo, modificando ventajosamente su criterio, y determinando á toda hora evolución fecunda en su pensamiento. Sirva un caso para todos de ejemplo. Recordamos discusiones de M. Nieto con Canalejas, acerca del Racionalismo y de la crítica religiosa allá por el año 65, en que el primero llevaba su intransigencia al punto y límite en que solía con sus apóstrofes vehementes, y á la vez la misma discusión sostenida con Revilla y otros, los años 75 y 76 en que concedía á la crítica religiosa toda la importancia que la dieran Feuerbach y Strauss, y llegaba en hermosa entonación y con períodos elocuentísimos á entonar cánticos en pro de la libertad, pidiendo, con Schleiermacher, que todo hombre de corazón sano quemase un bucle de sus cabellos en honor del *santo B. Espinosa*. De uno á otro extremo en tan corto lapso de tiempo, ¡qué fecunda transformación la del pensamiento de M. Nieto!

Si semejante transformación se hizo palpable, y el mismo M. Nieto no lo negaba, en lo que toca á las más íntimas convicciones, en lo que se refiere al criterio religioso, en él arraigado por sus estudios de erudición, por sus condiciones de artista y por sus cualidades personales, ¿qué no acontecería en otro orden de cuestiones, en que la impersonalidad de la verdad científica se le imponía?

Poderoso auxiliar para esta transformación hallaba M. Nieto en su afición incesante al estudio, en la serenidad con que aspiraba á penetrar el sentido de las opiniones más encontradas y en el anhelo ince-

sante de polémica y discusión. Espíritu de fácil y pronta asimilación, M. Nieto no era jamás innovador, ni propulsor; sus grandes audacias eran las propias del artista, no las del pensador; pero en cambio su gran cultura le dotaba de un espíritu crítico, que provocaba constantemente á aquilatar y contrastar todas las opiniones.

Todavía viven, por fortuna, muchos de los que han oído con frecuencia á M. Nieto. ¡Qué unanimidad la de sus juicios! Todos afirmaban que «estaba » siempre superior é inimitable en la parte crítica y » de refutación, pero flojo, débil y contradictorio en » sus afirmaciones.» Y así es la verdad.

Porque hora es ya de decirlo: M. Nieto no fué, en el rigor exacto de la palabra (1), un filósofo, ni un investigador científico; pero fué un gran pensador crítico, un depurador de toda doctrina, un hombre que traía á juicio y á ley de contraste toda teoría nueva. Si del crisol de su crítica salía depurada alguna teoría, y muchas salían, todavía se puede defender que de la discusión brota la luz. Tal es en efecto su mérito más relevante; de modo bien preciso lo expresa el Sr. Labra (2) al negar virtud innovadora al espíritu de M. Nieto, pero reconociéndole una energía superior en la crítica y precisión del pensamiento. « Si M. Nieto no tuviera, dice el Sr. La-

(1) «M. Nieto no es filósofo, pero es sabio y tiene el hábito de la reflexión.» *Palacio* y *Alas*. La Literatura en 1881.

(2) *Discurso* ya citado.

» bra, otros méritos que el de aquilatador y contra-
» dictor de las doctrinas novísimas, nunca se le pa-
» garía con una admiración y gratitud profundas los
» servicios prestados á la cultura patria. »

La movilidad é interés que prestaba M. Nieto á toda discusión en que intervenía, dimanaba en primer término de que consideraba todo problema en la diversidad de sus aspectos y relaciones. Bajaba pronto en sus lucubraciones de la especulación abstracta; gustaba repetir aquello de « el pecho al agua y la conciencia á la arena ». Los escolasticismos ó aparatosidades lógicas eran luces mortecinas, y no solicitaban su atención. La vida, el problema en toda su complejidad, lo humano y lo divino, lo terrenal y lo celeste, todo eso era lo que él entendía que constituyen los elementos necesarios para poner cualquier problema. A quienes no lo entendian así los calificaba familiarmente de *gentecillas*.

No había medio posible de discutir de otro modo; para M. Nieto no había espera ni límite ninguno. Discutía con el krausismo hasta sus últimas consecuencias; las polémicas que mantenía con el Positivismo, con el Naturalismo y con todas las doctrinas, tomaban necesariamente perspectivas universales, porque él condensaba á la vez en un problema todos los que se agitan de momento ante el espíritu humano. Perdía, es verdad, vigor y exactitud su pensamiento, pero ganaba la hermosa y viril espontaneidad de su elocuencia y obtenía ventajas innegables á la vez la doctrina que combatía, porque, obligada á abando-

nar el exclusivismo de escuela y la intransigencia de secta, se abría á las legítimas influencias de universales elementos de cultura, aportados á la discusión por la viveza y rapidez comprensivas del espíritu batallador de M. Nieto. Nunca será posible escuchar orador más desigual, lo mismo en la expresión, que generalmente era grandilocuente y á veces de tonos bíblicos, que en la serie de argumentos, por lo común de un orden crítico y sutil; pero como siempre estaba M. Nieto en la brecha, no podía manifestarse más que como era, con todas sus encantadoras ingenuidades y con la desigualdad propia de su carácter y de su cultura.

Al lado de los más hermosos y sentidos apóstrofes, se escapaban de sus labios frases familiares y calificativos de un gusto algo equívoco, siquiera no llegasen á la ofensa, límite desconocido para hombre tan bondadoso. En medio de argumentos, que herían el corazón de la dificultad y producían efecto en sus mismos adversarios, le ocurría á la mente, y tal como le ocurría lo expresaba, razones que no serían valederas ni aun en conversaciones de gracia y de broma. En una de las muchas apologías arrebatadoras que hacía del Cristianismo, al cual llamaba, con Hegel, religión absoluta, luego que había electrizado de entusiasmo con el fuego de su elocuencia á aquella Derecha del Ateneo, que le tenía como el gladiador de todas sus luchas, llegó á decir, increpando á la Izquierda: « Aun cuando se os concediera que todas es» tas grandes cosas son mentiras, ¡qué hermosas men-

» tiras! Siempre las preferiría á vuestras desconsola-
» doras verdades. »

Grande algazara se movió para discutir el punto delicado de la *moralidad científica*, y si era ó no lícito, á quien debe prestar culto á la ciencia, preferir una mentira hermosa y consoladora á una verdad, por triste y desconsoladora que sea. Hubo de reconocer M. Nieto que se había excedido en dar fuerza á un argumento que no lo era, y en el gran ardor de la polémica se cruzaron frases y acusaciones algo fuertes, se hizo gala por una y otra parte de dignidad ofendida, y casi se llegó en desplantes y algaradas de un personalismo, hijo de atmósfera viciada, á acusar á M. Nieto de componendas con miras utilitarias.

Dignamente se defendió, sintetizando el sentido práctico de toda su laboriosa existencia. « Quien em-
» bozada ó francamente me acuse de miras ó intereses
» bastardos, que vea la cuantiosa herencia que dejo
» á mis hijos: unos pocos libros viejos y un nombre
» honrado. »

¡Qué epitafio más elocuente pudiera hacerse con tal defensa para la tumba de M. Nieto! A él añadiríamos nosotros las palabras que hemos puesto de lema: *Vitam impendere vero.*

LA HERMANA SAN SULPICIO

LA HERMANA SAN SULPICIO

NOVELA DE COSTUMBRES ANDALUZAS, CON UN PRÓLOGO,

por Armando Palacio Valdés

I

EL PRÓLOGO

Aunque el Sr. Palacio Valdés parece menospreciar la crítica contemporánea, según hace constar en el precioso prólogo de que hace preceder su última novela, presumimos que la definitiva, á que se atiene, no podrá prescindir por completo de la que se formule en la vida efímera ó perdurable que logran las obras de arte.

Al publicar su prólogo el Sr. Palacio Valdés, obedece á una necesidad unánimemente sentida por todos los que al arte dedican la flor de sus energías. Ante el decantado espíritu crítico de los tiempos nada parece subsistente ni con alcance suficiente para herir las notas del común pensar y sentir de las gentes. El arte,

que es por su naturaleza sintético, huérfano de moldes generales que produzcan eco en el espíritu colectivo, necesita de parte de cada uno de sus cultivadores, más que una técnica especial, una teoría general, de cuyo seno se destaque la propia individualidad del artista. Más que acentuada esculpida, la tiene ya el Sr. Palacio Valdés en sus obras de crítica y de producción artística.

Con su carácter propio, un tanto retraído, con su espíritu crítico y observador, gusta siempre moverse en aquella región intermedia (de sombra y luces), que tocando á veces en la penumbra y en ocasiones en lo refulgente de la luz, aprecia por el contraste toda la delicadeza de matices que la perspicuidad del talento descubre donde otros no encuentran nada.

No desconoce, antes bien lo tiene olvidado, el Sr. Palacio Valdés que, como dice P. Alexis, «en arte el éxito se decide siempre por las notas extremas y que la multitud es una mujer que prefiere ser violada á ser cortejada»; pero amante anheloso, como el gladiador de buena raza, del éxito definitivo, y desdeñoso del momentáneo, más conexiones muestra con un amante de la apacible belleza clásica, que con un entusiasta admirador de los erotismos y neurosis de efectos calculados con que se fustiga el hastío literario de los contemporáneos.

El *aurea mediocritas* y el *in media re* de Aristóteles son preceptos fielmente observados por el Sr. Palacio Valdés, decidido partidario del ritmo de la belleza clásica. Favorablemente influída su cultura por

todas las tendencias novísimas, es de los que gustan *echar vino nuevo* en odres viejos y evitan romper los últimos para que la buena nueva no se desborde ni camine por cauces desconocidos.

No dista un ápice su teoría estética de la norma de toda sabia inspiración, expresada por Horacio en su *Scribendi recte, sapere est et principium et fons*, y pone por encima de toda condición artística la primera y superior, la necesidad que tiene el artista de interpretar la experiencia, lo que recibe y le emociona, en el crisol de su reflexión propia. Bien caracteriza esta superior misión del arte cuando dice que «la obra más perfecta en literatura es la que por medios más simples refleja más cantidad de vida y acumula más bellezas.»

La belleza y la vida, ó la belleza en la vida, tal es la vara mágica que hace brotar la inspiración artística.

Dados semejantes precedentes, el realismo del Sr. Palacio Valdés llega á veces (por aquello de que los extremos se tocan) á olvidos ya que no á errores, hijos del espíritu vacilante y contradictorio con que se forma al presente la cultura. Afortunadamente, son teorías que no se traducen á la práctica, ni empañan la filigrana y *savoir faire* de sus producciones.

De un lado acentuando el realismo de sus concepciones estéticas, combate la teoría de que el arte sea una creación, y defiende que es una *recreación* «ó reflejo de la naturaleza exterior y de sus determinaciones sensibles en el espíritu individual;» afirmación que, sin extremarla, llega á las conjeturas más gra-

tuitas del radicalismo literario; y de otro, asienta que «los objetos no son bellos sino en tanto que despiertan en el espíritu humano la visión de lo bello;» que, repetida, llega al hastío, pues añade que «lo que ha sentido el espíritu una vez, ya no le satisface;» teoría que conduce á un idealismo, que tal vez excede del concebido por Fichte.

Que el arte no es creación, en el sentido de crear de la nada, es hasta superfluo detenerse á probarlo; pero que es combinación libre de los elementos recibidos según ideas educidas y puestas de relieve merced al saber *mirar y ver* del artista, es también de suma evidencia. Merced á la contemplación reflexiva y á la fuerza plástica de la imaginación, los elementos más extraños, la realidad más vulgar se convierte en materia poética cuando la inspiración imprime en ella el sello de la emoción personal. De suerte que al lado de la *intuición*, y quizá del fondo de ella surge el elemento *personal* con que el artista graba su cooperación y colaboración á la obra como característica eternamente diferencial de la fotografía y del arte bello.

Sin traer á cuento la ingeniosa hipótesis del principio de la fijación de la fuerza de Delbœuf, que se opone á la reproducción ó recreación de lo que fué, y que acusa radical impotencia en la copia para reproducir fielmente el original, ¿cómo ha de pasar inadvertido en la obra de arte el elemento personal y presumir que se ha de suplir la acción del todo para prestar artificiosamente vida á lo que de ella carece?

Infunde vida (á veces perdurable) á la obra de arte el elemento personal, que distingue al artista del que no lo es, al que sabe (el *cómo* queda siempre elemento irreducible á todo análisis) objetivar y convertir para los demás en asunto de emoción lo que á él mismo le emocionara. Cuántos Werthers y Otelos habrá en el mundo; pero ¡cuán pocos Gœthe y Shakespeare existen en él!

Y cuenta que el elemento personal (advertencia innecesaria para el Sr. Palacio Valdés) entraña algo más que lo individual y peculiar con que retrata sus salidas de tono el bohemio de bajo vuelo, que se cree genio malogrado El elemento personal supone factor dotado de virtud intuitiva, capaz de condensar en sus propias creaciones algo que no lo es, lo impersonal, ó como dice con apariencia paradógica Janet, la personalidad implica «la conciencia de lo impersonal.»

En la compenetración con lo que hiere las fibras del espíritu colectivo se ofrece la condición primordial para el desarrollo y florecimiento del arte realista, que educe y saca de lo complejo de la realidad, como si de ella emergieran y brotaran, las ideas que ponen de relieve la emoción estética. En tal punto de conjunción reside el saber *mirar y ver*, á diferencia del simbolismo, ya definitivamente enterrado en el arte, que pone arbitrariamente la idea y dentro de ella encaja la realidad, aunque necesite para acomodarla pulverizar y triturar su complexión.

Si contempla un hombre vulgar la aparente inco-

herencia del cielo estrellado, ¡cuán pobre y raquítica es su impresión!; si ante él detiene su pensamiento hombre culto y artista, ha de deducir y sacar un ritmo y un orden, informado por él, por el factor personal, con una variedad de matices y una riqueza de detalles que semejen los infinitos de que hablaba Víctor Hugo (el fondo del alma, el cielo estrellado y el seno del mar).

Y de tal extremo realista va al enteramente opuesto el Sr. Palacio Valdés; de tal suerte, que á veces se inclina á pensar que el arte es sólo de circunstancias, y que el *oportunismo*, etiqueta de moda en la política de decadencia, es el único criterio del arte. Olvido bien censurable sería en el Sr. Palacio Valdés persistir en tal subjetivismo para el arte, que al objetivar sus concepciones, si llega á la meta, crea para siempre y no para el gusto del momento. ¿Cómo se atreve á hablar el Sr. Palacio Valdés de una crítica definitiva, si repetida la emoción, ha de desaparecer? No; se transformará la emoción, pero subsistirá. Cuantas más veces lee el *Quijote* el Sr. Palacio Valdés más bellezas descubre en él; cuantas más veces se representa la despedida de Héctor y Andrómaca y la descripción de la escena del Zapatito en *Nuestra Señora de París*, más y más intensamente se emociona. Que la emoción repetida pierde en la explosión de un entusiasmo, hijo de los resortes que pone en juego el efectismo, es cierto, por ley inherente á la sensibilidad, gravitando hacia su propio equilibrio, conjuro puesto en acción por la preceptiva clásica; pero

persiste como perdurable la emoción que hiere en lo vivo las fibras que sirven de base á lo que eternamente será bello por vivo, ó vivo y bello.

No menosprecie el Sr. Palacio Valdés, él que tiene personalidad tan típicamente acentuada en el arte, el factor personal y la fuerza de interpretación que distingue al artista del que no lo es. Precisamente ante la desaparición de las escuelas literarias, frente á la ola invasora de la crítica moderna, que hace cruz en el agua de los límites que separaban en otros tiempos unas de otras las obras de arte, distinguiendo ó aspirando al menos á distinguir sólo lo bueno de lo malo, apenas si queda punto fijo y estable donde asir la preceptiva mas que el ofrecido por la personalidad del artista, adquiriendo conciencia de lo universal y objetivándolo y poniéndolo de relieve para que los miopes lo contemplemos.

Efecto de circunstancias múltiples y difíciles de enumerar, la novela, especie de epopeya moderna, es la que mejor responde en el momento que corre á las necesidades del arte. En ella, lo mismo que en *Semblanzas y Perfiles críticos*, ha acentuado su personalidad el Sr. Palacio Valdés, en una progresión laudable y merecedora de todo encomio.

No desmerece la última, á la cual precede el prólogo que criticamos, de las anteriores. Discípulo de sí mismo y del tiempo en que vive, mostrando la buena cepa de donde procede el Sr. Palacio Valdés pone de relieve en *La Hermana San Sulpicio* muchas de sus buenas cualidades de artista.

II

LA NOVELA

Posee el arte, cuyo origen atribuyen algunos al juego y al exceso de energía definiéndole *finalidad sin fin*, un resorte que, hábilmente empleado, sirve de condición á la belleza.

Nos referimos al *sincronismo* ó conjunción de elementos y factores, que combina el artista al propósito que entraña su tema ó argumento. Y tal resorte se halla empleado de modo maravilloso en *La Hermana San Sulpicio* por el Sr. Palacio Valdés, escribiendo una de las mejores novelas de su ya numerosa colección.

Por medios los más simples ha reflejado bellezas sin cuento (de las muchas que encierra la vida andaluza) en su preciosa novela, calcada en un contraste bien plástico.

Un estudiante gallego, en alas del amor, va al riñón de Andalucía persiguiendo una monja, y evitando que la mojigatería de una madre y la avaricia de un tutor oficioso convirtiesen en azucena marchita la que debía ser rosa fresca y lozana. Para ello, aparte las ligerezas, descritas con vis cómica, cometidas por el gallego en el período de su enamoramiento, y dos

solemnes bofetadas que suelta el hijo del Norte á un bandido con quien da en una fiesta de color local, y á un tipo divinamente dibujado, resaltando en su manera de ser como carácter, carecer de él, no pone en juego el Sr. Palacio Valdés más recursos que los que le sugiere la fuerza de color, de su estilo sencillo, claro, preciso y vivo, describiendo la vida andaluza con una concisión clásica.

En el tejido y contextura de la obra es donde revela sus privilegiadas dotes. Seduce la lectura de *La Hermana San Sulpicio*, más que por lo que va á suceder (efectismo del folletinista), por el encanto real y vivo de lo que está sucediendo. Más se destaca el interés ante el temor de que acabe la novela, que en la vehemencia con que se saltan páginas y páginas buscando avaramente lances, enredos y desenlaces ficticios.

En *La Hermana San Sulpicio* ha puesto de relieve el Sr. Palacio Valdés toda su personalidad artística, tal como la hemos descrito al criticar el prólogo. Podrá (¿quién va á poner límites al espíritu humano?) escribir novelas mejores, pero en ninguna mostrará tan plásticamente como en ésta que es y será siempre artista enamorado de la apacible belleza clásica y del ritmo variado y acorde de las creaciones que no hieren jamás las notas extremas.

Si á veces la perspicuidad de su observación le obliga á tocar los linderos de la crudeza, tan explotada por el efectismo, como acontece en la descripción de la *juerga* á la vuelta de Tablada, se percibe

en lo gráfico de sus tonos expresivos una suprema repugnancia á lo grueso, que aun reincidiendo en ello el célebre enamorado gallego, al negar entre chisperos y macarenos tres veces su origen, rehace en la descripción misma, con acentos de dignidad, ante aquellas brutales imposiciones del medio.

Hay necesidad de observar el medio tal como es (precepto fecundo del realismo); pero en esa observación la delicadeza del artista toma siempre el *aurea mediocritas* de Aristóteles como inspiración sazonada y libre de preocupaciones de escuela.

Al leer en la portada de un libro moderno «novela de costumbres andaluzas», todo el mundo se dará á presumir juergas sin término, ingenio que escupe el fuego de la pasión, preocupaciones constantes por la fiesta nacional, todo lo que por ser más fácilmente perceptible hace que lo cómico no se libre de lo bufo y de lo grosero, ni lo dramático llegue á lo trágico y espeluznante. Si se añade el contraste de ser cronista y actor de las peripicias de la novela un gallego, habrá de acentuarse más y más la nota extrema, y nada de eso pasa, sin embargo, merced al talento de composición del Sr. Palacio Valdés. Para ello determina una acertada conjunción de dos caracteres, y no la razón del uno que es la sinrazón del otro; y dentro de ellas cuántas y cuántas bellezas y cuán delicadas observaciones hace brotar el Sr. Palacio Valdés al describir la vida andaluza, franca y espontánea, de viveza en el ingenio y de una persistencia superficial.

Así es que el gallego, hombre práctico, está con-

trapesado, para que no resulte convertido en bufo y no rebase la belleza cómica, por su educación y aficiones. Es un *mosquito lírico*, médico malogrado y poeta no muy en sazón, que se adapta poco á poco á la exuberante vida del trato sevillano. A la vez la protagonista, su novia, la *Hermana San Sulpicio*, Gloria Bermúdez en el mundo, tipo real y vivo de la mujer andaluza de las clases acomodadas, ardiente, franca, espontánea, con pasiones concentradas y con celos africanos, con un ingenio encantador y una audacia de expresión que enamora, está siempre contenida, aun en sus sentimientos contrariados, dentro de límites que no exceden lo usual y corriente. No son casos patológicos, son personas de carne y hueso el enamorado Sanjurjo y la encantadora Gloria.

Con caracteres, persistente y tenaz aquél como hijo del Norte, vehemente y apasionada la segunda, como nacida bajo el ardoroso sol del Mediodía, ambos se encuentran en las aguas de Marmolejo, el uno con la demacración de una dispepsia, especie de traje talar que cubre inspiración calenturienta, y la otra con las tocas de novicia, que ocultan el hervidero de sentimientos que atesora el corazón femenino, mina inagotable de recursos ingeniosos para oponerse á los obstáculos de su *querer*.

Son las dos medias naranjas..... La novela los acerca, luego los desvía por pequeñeces y minuciosidades, que quedan más tarde anuladas ante la persistente insistencia del uno y la vehemente pasión de la otra, que en sus exaltaciones más vivas aún en-

cuentra ocasión para derramar su gracia, cuando en uno de los coloquios amorosos dice á su novio que se ha enamorado de un gallego por lo raro de sus preferencias, pues la primera que sintió fué por un perro ratonero.

No pierden fuerza ni calor los contrastes con que surjen las impresiones en el ánimo de Sanjurjo, porque no lleguen á la nota aguda. La vehemencia de su pasión lucha desde el primer momento contenida entre dos límites igualmente aceptables y que se contrapesan reciprocamente. De un lado la pasión, aunque intensa y viva, se encierra en los límites propios del carácter algo cohibido y en parte soñador de Sanjurjo; y de otro, se reanima ante el franco y audaz proceder de Gloria, y de la espontaneidad, facilidad de relaciones y amistades de Sevilla.

Abundan en la novela observaciones de primera fuerza. De un galanteo algo vivo que dirige á la *Hermana San Sulpicio* el malagueño Suárez, dice: «He notado que en Andalucía al enamorarse dos jóvenes, »se establece previamente entre ella y él una gra»ciosa hostilidad, donde ambos ponen de manifesto »su imaginación en rápidas y oportunas contestacio»nes, diciéndose en son de burla mil frases descome»didas. Es una herencia del genio árabe, tan dado á »los certámenes de la fantasía, á sutilizar conceptos »y á mostrar la viveza y gallardía del ingenio.»

En la preciosa escena del canto y baile improvisados de la monja, el enamorado Sanjurjo llega á percibir «por encima de la tosca estameña el bulto

adorable de la Hermana San Sulpicio,» á pesar del temperamento tímido que Dios ha dado á los gallegos.

Pero siempre Sanjurjo, en quien se concentra la acción de la novela, siquiera sea como reflejo de la *Hermana San Sulpicio*, encuentra límite adecuado para sus necedades en la complexión de su carácter.

Arrojado por el capellan del convento de modo grosero, se levantó con el rostro encendido de vergüenza y de ira, y aun con impulso de arrojarse sobre aquel hombre. «No dudo que el poeta lo hubiera »hecho, por más que llevaba noventa y nueve proba- »bilidades contra una de que el clérigo le hubiera » aplastado; pero el hombre práctico, que en mí resi- »de, me hizo ver los gravísimos inconvenientes de »aquel acto, que daría muy bien al traste con todos »mis planes, y me decidí á tomar el sombrero y sa- »lir.» Y más adelante añade: «porque en esto de ver »las cosas como son y conseguir lo que nos propone- »mos me parece que nadie saca ventaja á los que he- »mos nacido en los valles pintorescos de Galicia.»

La Hermana San Sulpicio, Gloria Bermúdez, luego que queda depositada en casa de sus parientes, gozosa, franca, alegre, enamorada, ya sin viso alguno de sus pasajeros, aunque terribles celos, no tenía para qué ocultar su satisfacción, «y era mujer incapaz de soltar algunas lágrimas y reirse por dentro;» era la espontaneidad viva y locuaz que rebosa pasión y amor.

Amante perfecta, mujer cuya esencia de carácter es la vehemencia y el fuego, excita la desconfianza

ingénita en el ánimo del gallego y comienza á dudar, en medio del logro de todas sus esperanzas, si la prosa continuada del matrimonio despeñará tristemente á la hermosa sevillana por senderos bien difíciles.

Hermoso tema para que continúe su noble oficio de novelador el Sr. Palacio Valdés, y ya que ha imaginado dos tipos tan bien delineados, caracteres tan francamente opuestos, pero que mutuamente se atraen dentro del medio sonriente y encantador de la vida andaluza, vale que no los abandone y que los tome como hijos predilectos de su espíritu y los saque á plaza en una nueva obra, de lo cual nos regocijaríamos todos.

LA ESPUMA

LA ESPUMA

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS

POR ARMANDO PALACIO VALDÉS

En dos tomos ilustrados y muy bien impresos publica la casa Henrich y compañía de Barcelona la última producción del eximio novelista Palacio Valdés. *La Espuma* pretende ser crítica de la vida aristocrática, y quién sabe si el hábil novelador ha querido simbolizarla (por lo vacía que se halla de fin positivo) en el *humo* de una hoguera, descrita al final de la obra. Incidente inapreciable á primera vista, capricho de un alma hastiada del placer y anhelosa de reducir á cenizas sus expansiones sentimentales delante del amante, quemando las cartas que entre ambos cruzaran, puede tal vez servir de indicio para apreciar el espíritu y tendencias que han dominado en el autor.

Según Luis Alfonso, el crítico de *La Época*, autoridad indiscutible en estas materias, Palacio Valdés

escribe una novela *de oídas*. Desconoce la vida aristocrática y no retrata con exactitud y aun fija detalles que son impropios. Ni hemos de quitar ni poner rey, pues el asunto nos es más desconocido que al propio Palacio Valdés en esas delicadas exquisiteces que requiere la reproducción semifotográfica del medio aristocrático.

Pero, á pesar de aquella censura y de algunas otras, que nos hemos de permitir indicar, fuerza es reconocer que el autor de *La Espuma* es un espíritu grandemente equilibrado, y que aun en sus equivocaciones conserva su ya tradicional primor de estilo, un humorismo que nunca raya en lo chabacano, y cierto tono épico, anheloso de huir las notas extremas de un efectismo exagerado. Borda con hilos bien bastos, pero el bordado resulta y el dibujo revela una mano maestra.

No nos seduce, antes bien nos parece digno de censura, que Palacio Valdés corra un tanto precipitado tras los sucesos dramáticos, mostrando inclinación hacia la novela de enredo y olvidando penetrar más y más en el medio ó escenario dentro del cual se mueven sus personajes. De ahí resulta que cuando retrata (y en otras obras lo hace de mano maestra) los caracteres ó tipos de *La Espuma* no señala su nota constitutiva y pierden su consistencia (si es que la tuvieron) sin que logren interesar en ningún sentido, ni por buenos ni por canallas. Le atrae la acción general y los peones van casi siempre vestidos de arlequín, no sólo por incorrección de la indumentaria exterior (pe-

cado venial para nosotros), sino por lo inadecuado de su manera de ser. Si tomamos como protagonista de *La Espuma* al rufián del *duque de Requena*, avaro y ambicioso, *parvenu* que ata á sus pesadas extremidades el carro de la fortuna, resulta personaje contradictorio con su lujuria póstuma, aparece un héroe *pour rire*, gozándose en estafar á sus parientes (incluso á su propia hija) unos cuantos billetes de Banco para sacrificar mayor número de ellos en el altar de una horizontal de bajo vuelo. Ni el duque de Requena es el hombre avaro, ni el lujurioso; es lo vulgar cargado de oro. No vale ni la molestia que se toma el novelista de hacerle morir loco.

Para ser el núcleo de la acción la hija del duque, Clementina, falta, no ya sólo en el tejido de la novela, sino en la contradicción de afectos que revela, que destaque sus propias cualidades, buenas ó malas. Horizontal de alto bordo, semeja en ocasiones una Mesalina; se muestra en otras vil mercader, comprando con besos mentidos la herencia de una madrastra. Comienza un idilio y de él se hastía, pone pleito á su propio padre y se asocia con su esposo para deshonrarle más y más, agravando su falta con la publicidad y el descoco. Si es una histérica, queda por averiguar hacia donde se inclina su histerismo. Revela la misma inconsistencia de carácter que su padre, sin que la acción ó la fábula exija tales condiciones.

Sólo queda un personaje, un si es ó no simpático, Raimundo Alcázar, *bebé* educado en el retraimiento, en el amor al estudio y convertido por Clementina en

el héroe de su idilio amoroso. Aun admitiendo que aquí se trate sólo de casos y personas incluídas en una cuadrícula, la de la psicología mórbida, todavía puede argüirse al autor que « en medio del desorden existe un cierto principio de orden, » y que no se concibe, ni aun como fenómeno patológico, que el santo amor de madre, único afecto que abriga el corazón de Alcázar y que le obliga á perseguir como la sombra al cuerpo á Clementina por un parecido, real ó imaginado, con su difunta madre, que ese sentimiento filial se cambie de la noche á la mañana por una audacia, rayana en cinismo, en el grito de la carne, en el amor sentimental, fácil y ligero de la cortesana y del novicio. Parece esta inverosimilitud de las de mayor calibre, y como sirve de base á muchos de los sucesos que se desarrollan en la novela, vale la pena consignarla.

Abandona Clementina á su antiguo amante, Pepe Castro, un título tronado, por el cándido entomólogo de R. Alcázar, y cuando ha llegado con su nueva conquista á ciertas intimidades, quiere ser para el segundo lo que era para el primero, á la vez que la paloma que arrulla sus placeres, el cuervo que le lleva en el pico su alimento. Tomaba el primero descaradamente mazos de billetes de Banco de su querida, como único recurso para sostener su existencia oropelesca, y ofrece Clementina al segundo, á R. Alcázar, con igual cinismo, premio tan bochornoso de su amor. No le ocurre al favorecido sino sentirse ofendido y á la vez inundarse sus ojos de lágrimas. Y pre-

parado el contraste, ni el novelista por sí, ni valiéndose de los personajes que intervienen en la escena, saca partido alguno del drama íntimo (con honores trágicos) que al menos en el corazón de Alcázar debía estarse librando. Ni aun el sepulcro blanqueado de Clementina nota la diferencia. Entendimientos tan obtusos, corazones tan atrofiados (ni aun como excepción) pueden pasar. En este punto, la ficción del arte nos parece rayana en el absurdo.

La expedición de todos los y las elegantes á las minas de Riosa (aparte de las incorrecciones de indumentaria de que no somos jueces) está hecha de mano maestra. Elogios bien sinceros merecen la pluma y el arte de Palacio Valdés. Pone frente á frente este mundo del oropel, de la luz, del ruido y del gozo y la existencia nauseabunda, trabajosa, del infeliz minero, condenado á morir de temblores, si antes no acaba con él la miseria. No gusta Palacio Valdés herir las notas extremas, pero sin copiar á Zola en su obra magistral *Germinal*, dispone artísticamente el medio y las circunstancias para que del contraste resulte con todo el relieve necesario la brutal injusticia social. Merced á ella el minero gana seis reales escasos, puede trabajar pocos años, el mercurio filtra la acción intoxicadora en sus músculos y tiene que morir en el hospital, si antes no le ha enterrado el hambre, y en tanto se gastan miles de duros en el pedestal de mármol para la estatua del explotador de la mina, del opulento duque de Requena.

El discurso humorístico y sarcástico del médico

de las minas es ingenioso y adecuado á las circunstancias, quizá un tanto peligroso para la situación del Esculapio, que depende de la munificencia del Duque, pero no excede los límites de un socialismo platónico ó de un pesimismo perezoso. Las cuerdas que debieran vibrar y quizá estallar ante los sentimientos de indignación que tales espectáculos hacen necesariamente surgir, no se oyen; quizá el autor ha querido que suenen y repercutan en lo íntimo del corazón del lector. Pero no conviene fiar mucho á la generación espontánea: es más seguro y certero provocar el grito de indignación, hacer que surja la protesta y depurar un tanto el elemento bestial del egoísmo humano, con sentimientos de solidaridad. No se opone á ello el autor de *La Espuma*, antes bien tímidamente pretende favorecer este noble fin del arte, ya indicado por Aristóteles, el de depurar las pasiones. Así hace exclamar á uno de los expedicionarios con cierto humorismo sentencioso: «La verdad es que del fondo de una mina se sale siempre un poco socialista.»

Y lo cierto es también que, á pesar de todo lo indicado, de la lectura de *La Espuma* (como de la lectura de todas las obras de P. Valdés) se sale siempre muy complacido.

LA CRÍTICA EN ESPAÑA

LA CRÍTICA EN ESPAÑA

La diferenciación de funciones, que el naturalismo empírico reconoce como condición precisa de toda realidad concreta y viva, se aplica también al arte, distinguido desde luego en *arte productor* y *arte crítico*. Las condiciones sintéticas del primero y las de discreción y análisis del segundo, la idea predominante en aquél, la factura y el nexo de las relaciones que examina éste, contribuyen á que ambos se diferencien de modo tan acentuado y preciso, que por excepción aparecen juntos en una personalidad. Ha de alcanzar ésta el relieve de la genial y única de Gœthe para que coincidan el arte productor y el crítico sin menoscabar sus manifestaciones. En los demás, el arte productor y sus relevantes cualidades amenguan las del crítico, que ejercen en general los genios, á patrón fijo, sólo según su Preceptiva. Sirvan de ejemplo entre otros Víctor Hugo y Campoamor, ambos críticos de sí mis-

mos en los demás y tomándose á sí propios por unidad de medida. En una especie de espejismo hacen, el primero, de Shakespeare un Víctor Hugo inglés (1), y el segundo, todas las rimas que escriben los aficionados á renglones desiguales las convierte en *Doloras* y *Pequeños Poemas*.

La novela, señaladamente la moderna ó naturalista, por sus condiciones especiales, parece favorecer el nexo del arte productor con el crítico. Los Goncourt, Daudet y el mismo Zola no renuncian al ministerio de la crítica, pero declinan en la falta ya indicada: para ellos su Preceptiva es la Preceptiva, y aquel amplio *saber mirar y ver*, primera condición de la crítica, queda reducido al saber mirar y ver lo suyo y en todas las producciones de los demás también lo suyo. Quieran ó no, reducen las manifestaciones de la vida y del arte á las personales y propias, que constituyen su carácter saliente.

Carecen de aquel tono de impersonalidad, que es preciso si el crítico ha de penetrar en el santuario del medio interior del autor criticado, condición precisa para dilucidar los múltiples hilos que forman el tejido de la obra. El estudio impersonal del medio interior en relación con el exterior, como la cópula de que resulta la fecunda creación del arte es la característica más valiosa del espíritu crítico, es lo que hace crítico, que apenas si admite parangón con nadie, á Taine, superior al mismo Renan, á los pacienzudos y

(1) V. *William Shakespeare* de V. Hugo.

perspicaces de Alemania y á los minuciosos y sugestivos de Inglaterra.

En España, muerto Larra, malogrado prematuramente Revilla, en silencio voluntario Balart, con movilidad versátil en pro de causas nobles Giner de los Ríos (F.), sutilizado y quintesenciado Valera, recluído en su efectismo gongorino Ortega Munilla, derrochando su talento y su gracia Cavia en la nota del día, nostálgico y un tanto retraído Picón, Ixart circunscrito á sus valiosos *comptes rendus* y retirado Orlando (Lara), apenas si siguen dando en el yunque, aunque con la constancia relativa que indica el orden en que los nombramos, *Clarín*, Menéndez Pelayo y Palacio Valdés (1). Los tres personifican de momento (ínterin no tome plaza en esta difícil labor algún otro hombre de valía) la crítica moderna. Y puesto que el dogma-

(1) Desde que se escribió este trabajo hasta ahora, que se reimprime en la colección de los que forman el presente libro, una escritora ya universalmente conocida, la Sra. Pardo Bazán, que había mostrado sus aptitudes de fina percepción y de vasta cultura literaria en su libro «La Cuestión palpitante», ha comenzado á ejercer el ministerio de la crítica de un modo magistral. «El Nuevo Teatro Crítico» de la Sra. Pardo Bazán será una Crónica viva de la producción literaria de nuestro país, donde aprenderán y aprenderemos todos de qué manera se pueden aunar la discreción y el saber con el buen gusto, si llegamos á discernir (que por tal razón es legítima la crítica de la crítica) *les boutades*, á que por cierta exageración de carácter y temperamento se inclina á veces la Sra. Pardo, de los frutos sazonados que cosecha su indisputable talento.

tismo es una ciencia presumida y el escepticismo una falsa humildad, imponiéndose como señal de los tiempos el criticismo, sigámosle y hagamos crítica de los críticos. Se cumple así ley que se impone como condición de todo producto vivo, que ni puede quedar en su cristalización cual si fuera roca inconmovible, ni agotar la idea ni el verbo que encarna. Lo mismo que toda obra de arte es material para nuevas y nuevas transformaciones (no se explica de otro modo la existencia de escuelas, tendencias, gustos predominantes, etc.), de tal suerte que su idea generadora queda viva y en potencia para que de ella bróten nuevas concepciones; así toda obra de crítica es susceptible también de nueva crítica. Que en este ir y venir de las cosas y en esta indefinida combinación mental de las ideas es donde halla el espíritu alimento para su nutrición y desarrollo. Si en lo fisiológico se vive de la muerte, según la hermosa frase de C. Bernard, en lo artístico y literario la ley de continuidad biológica se opone con fuerza incontrastable á saltos adelante ni hacia atrás, que romperían el ritmo, condición primordial de la verdad y de la belleza.

Del mismo modo que el ojo ve todo, excepto á sí mismo, el crítico analiza todo, menos su propia personalidad; y no fuera este trabajo completamente inútil, pues enseñaría á los críticos á discernir lo que ponen *suyo*, *personal* en sus obras de lo que descubren de universal en lo que examinan, convirtiendo el producto ya formado en material *redivivo* para utilidad propia y de los demás. Aprenderían de este modo

que «en crítica como en filosofía no existe bandera ni religión (lo cual es propio de la política), y sólo se debe prestar pleito homenaje á la belleza y á la verdad, proceda de donde proceda.» No carece de tal condición (en mayor ó menor grado) ninguno de los tres críticos que hemos mencionado, pues aun Menéndez Pelayo, hombre de creencias *macizas*, va ya, por fortuna, reincidiendo en latitudinarismos que son nuncio venturoso de que en día no lejano personifique, con su privilegiado talento, la tolerancia, que imponen de consuno la razon y las costumbres.

Clarín merece ser examinado el primero (no pretendemos establecer jerarquías ni preferencias) por la constancia con que ejerce la crítica y por lo fecunda é incansable que es su pluma, al punto que algunas veces se llama él mismo *albañil literario*. Ya quisieran muchos arquitectos manejar la pluma como este peón de mano.

Clarín es un crítico que, salvo sus apasionamientos por las personas y un cierto prurito de rodear de nubes densas de incienso á los dioses mayores (apenas si se ha atrevido con Núñez de Arce), posee méritos incuestionables, que viene poniendo de relieve en todas sus obras. La nota humorística es en él venero inagotable y que abundosamente sale de su pluma, creciendo en intencionalidad y belleza. De sus primeras críticas en *El Solfeo* á sus *Paliques* de ahora media un progreso evidente que por fortuna no ha llegado á su término. En empeños críticos de cierta seriedad no falta la nota humorística tampoco; pero

allí parece como incrustación avalorada por el alto vuelo de sus ideas sugestivas, y, burla burlando, de lo grande á lo pequeño y de lo cómico á lo trágico, la substancia intelectual de su profundo talento se convierte en sinovia de un aparente y bello desorden en el razonamiento. Apunta la paradoja, no la descoyunta ni violenta. Excede los límites de la crítica y entra en la esfera del pensador humorista. De ella sale y á ella vuelve, y sin dejar que se plegue la fisonomía y que termine la sonrisa, obliga á fruncir el entrecejo y á concentrar la atención con sus hermosas audacias de *Psicología estética*. Pero hábil, como hombre del norte, no bien ha excitado el gusto del paladar intelectual y estético, arrastra al lector (quizás con pensamiento preconcebido) hacia ideas más superficiales. Quiere seducir y no hacerse pesado: quizá prefiere, á dar la pimienta en grano, pulverizarla en su prosa. A veces el procedimiento resulta monótono, y, sin llegar al fastidio (*Clarín* sólo fastidia á aquel que fustiga), se repite mucho, falta propia de todo el que cultiva la oratoria didáctica; que siempre apunta la oreja del maestro, verdad es que nunca llega, para honra suya, á dómine.

La obsesión que *Clarín* padece de Zola y del naturalismo, ha resultado para él una carga de inmensa pesadumbre, pero que ha influído también provechosamente en el alcance positivo de sus juicios. Hase dado, en tendencia que consideramos provechosa, á estudiar el medio exterior de la obra que examina y aun la atmósfera que rodea al autor, y si alguna vez

se atreviera, buzo del pensamiento, á penetrar en las hondas sinuosidades del medio interior, donde se elabora el carácter y con él gustos y tendencias, llegaría á lo que debe ser el ideal del crítico, tocando con la vara mágica de su poderoso talento las obras mejores y más bellas para educir de su fondo complejo más bellezas y más perfecciones que las que percibimos las medianías miopes.

Menéndez Pelayo ha comenzado por el fin. Académico, sabio, maestro, todo lo ha sido y todo lo es, y lo es ¿á qué negarlo? con perfecto y legítimo título; porque á esta cúpula de sus triunfos le ha puesto un pedestal macizo, de cal y canto, el de su bien nutrido espíritu crítico, en el cual ha hecho progresos visibles. Desde sus primeras y apasionadas (rayanas en lo injusto) polémicas con el malogrado Revilla, y desde su célebre *Historia de los Heterodoxos*, hasta su *Discurso sobre la Historia* y su más valiosa obra *Historia de las ideas estéticas*, media un progreso evidente: de polo á polo van unas y otras producciones, y, en tan largo espacio, rellenas están de un espíritu de investigación, pormenor y detalle propios de un *studiosus* avaro. Sabe Menéndez Pelayo *mirar y ver*. Quizá en el ver le falta alguna condición esencial del crítico, que es la de intentar (por lo menos) síntesis relativas de su inmensa cultura, corriendo á veces el grave riesgo de mirar y mirar y contar arbustos y árboles y no ver la selva. Pero ni aun esa falta puede señalarse como irremediable, pues si el talento de Menéndez Pelayo ha entrado de lleno en el período de su

madurez, nadie se atreverá á asegurar que se halla al término de su desarrollo.

En lo que no tiene igual (al menos en nuestro país) Menéndez Pelayo es en saber mirar y ver el mundo clásico, cuya vida reproduce con una plasticidad que excede á todo elogio. Llevara ese mismo espíritu comprensivo y aplicara esa misma amplísima perspicacia á otros estados de cultura y no hubiera intentado precipitadamente la traducción de Shakespeare. De ella ha desistido y de su intento ha cosechado muchas y muy profundas enseñanzas, en parte indicadas en sus conferencias sobre Calderón de la Barca. Percibe con suma facilidad el medio exterior, aprecia la ley de continuidad biológica que preside lo mental y que rige lo fisiológico; toma, en una palabra, el protoplasma y todas sus manifestaciones evolutivas con precisión; pero ¿por qué no ahonda aún más y se deja de contar árboles y concibe la selva? ¿por qué no examina el protoplasma? ¿por qué ha de ir de rama en rama y no ha de llegar al tronco y á la raíz? El trascendentalismo de sus creencias le obliga á huir de lo inmanente y debiera tener en cuenta que sus adversarios están á punto de dirigirle la acusación que también hicieron á M. Nieto: «Sabe lo que todos han pensado é ignora lo que piensa.»

Palacio Valdés debiera romper la continuidad de elogios que desapasionadamente nos merecen *Clarín* y Menéndez Pelayo, porque va, y lo tenemos por una desgracia, en camino de abandonar la crítica. No es en

tal propósito, justo consigo mismo ni con los demás. Quien, como él, hace sus primeras armas con los *Oradores del Ateneo*, *Viaje al Parnaso*, etc., y gana desde un principio puesto de honor entre los críticos más notables, ni puede ni debe abandonar la crítica. Si quiere escribir novelas, que las escriba; si quiere escribirlas meditada y seriamente, que lo haga; pero que no abandone la crítica, porque en ella se ha señalado con caracteres tan propios y con cualidades tan salientes, que no hacerlos fructificar equivale á esterilizar, como el avaro, tesoros que no son de su exclusiva propiedad. El humorismo de Palacio Valdés es menos rico y profundo que el de *Clarín*, pero es más *emocional*; es menos intencionado y hondo, pero es más delicado. La crítica de Palacio Valdés tiende quizá á un idealismo un tanto indeterminado, pero se distingue por la clara y perspicaz percepción de lo bello; y donde no lo percibe lo presiente. Es quizá artista de raza, pero interin no crea y produce, debe juzgar y criticar. ¡Quién sabe si la función de la crítica, en la cual predomina lo que Schopenhauer llama *principio de individuación*, dispondría favorablemente á Palacio Valdés para concretar algo su ideal artístico, que rebosa en los poros de lo que escribe! Con las pruebas que tiene ya dadas sobran garantías para afirmar que *puede* ser crítico y que sólo le falta *querer*. Con dotes y condiciones, y sin dar fruto, ¿por qué no le hemos de acusar de falta de laboriosidad?

Si al análisis mental pudiera seguir una recons-

trucción plástica y viva, una síntesis de las cualidades y condiciones que se disciernen y distinguen; si el *homúnculus* con que soñara Fausto fuese una realidad viviente, echando en inmensa retorta la substancia gris de *Clarín*, Menéndez Pelayo y Palacio Valdés, de la fermentación ponderada y equilibrada de las dotes intelectuales de los tres, podía surgir seguramente un enjambre de críticos, superiores al que hasta ahora estimamos el mejor, superiores á Taine.

CAPIROTAZOS

CAPIROTAZOS

SÁTIRAS Y CRÍTICAS

POR FRAY CANDIL (EMILIO BOBADILLA)

Un tomo de 420 páginas

CRITICAR una obra de crítica resulta, más que difícil, semi-paradógico, y no obstante, como dijo el humorista, todas las cosas, y entre ellas las obras humanas, tienen su anverso y reverso. Así, las bromas, *les boutades*, los desplantes de Fray Candil se ofrecen como *bromas serias*. Hacen á veces reir llorando, y en ocasiones llorar de risa; pasan como la realidad que diseca, de perspectiva en perspectiva, de lo serio á lo jocoso, de lo fútil á lo profundo, y de lo superficial á lo que trasciende... Fray Candil es un escritor de buena ralea, y burla burlando, se destaca en todo lo que piensa su individualidad con un personalismo bien acentuado.

Se burla con donaire el autor de *Capirotazos*, del yo satánico, del subjetivismo presuntuoso, y como planta frondosa que ahonda sus raíces en tierra bien

abonada, pone de relieve la independencia de su juicio y la perspicuidad de su criterio, juzgando, por ejemplo, á los clásicos y á las autoridades tenidas por impecables, con una exactitud y con una severidad de apreciaciones que desearían para los días de fiesta los que á granel sueltan bombos piramidales al amigo ó un *palo* al que no lo es, como se dice en la jerga de los críticos.

Con tan laudable procedimiento, el amor á la verdad por norma, la justicia por guía y el sentido estético como fin, la lectura del libro de Fray Candil, de un interés siempre creciente, sugiere un mundo de ideas, que evoca del fondo de lo que critica la vista á larga distancia del autor. Las censuras, á veces acres, no son nunca injustificadas, siempre van razonadas; peca, aunque parezca otra cosa, de benévolo; lo que deja frecuentemente sin legitimar es el elogio.

Prueba de lo que decimos las «Cuatro palabras... ó las que sean» que sirven de prólogo al libro: «¿Hay »verdades, pregunta Fray Candil, en estas páginas? »Lo siento, pero no puedo llorar. ¿Hay errores, que sí »los habrá, y á granel? ¡Quién los hubiera advertido »á tiempo para enmendarlos! ¿Hay gracejo? Que lo di»gan los apaleados. ¿Hay amargura, laxitud y hastío? »Yo no tengo la culpa de que en el medio social en que »me agito la vida se arrastre como una serpiente vie»ja y moribunda.»

¿Anhela el lector, preguntamos nosotros, salir de ese mar de monotonía, sin oleaje ni bravura, cerrado por un horizonte gris, caracteres propios de la

vida madrileña, según el autor de *Capirotazos*? ¿Desea apreciar lo que vale una prosa poética, cuánto trasciende el contraste en la vida, qué hervor de realidad evoca la idea cuando está bien pensada y mejor sentida? Pues que lea *Un Tenorio de ida y vuelta* (página 27) y nos agradecerá el consejo.

Si cansado de simbolismos, el lector prefiere verdades escuetas y gráficamente expresadas, allá va la de Fray Candil, hablando de su país natal (Cuba): «No sé por qué recordé en seguida aquel terruño mío de cañas y... *de empleados ladrones*.» Cuántos y cuán bellos discursos de *política colonial* contiene esa frase. Para nosotros, Fray Candil demuestra de una manera cumplida la convicción que teníamos de largo tiempo arraigada, á saber, que con risa y broma se puede expresar sendas verdades y con la majestuosa seriedad del presumido es fácil ocultar la vaciedad del fondo en la hojarasca de la forma. De una meretriz habla Fray Candil, de una Nana que tiene un hijo, y de paso, como quien no necesita hincharse para pensar certera y hondamente, pone el autor de *Capirotazos* en uno de sus más graves aspectos el problema social: «Pobrecillo. Mientras dormía, la madre velaba en la propia habitación, en brazos del amor mercenario. Los suspirillos que exhalaba durante el ensueño se confundían á veces con el rodar sonante de los besos comprados de la madre.»

Fray Candil es un escritor muy serio; en medio de su vestidura satírica profesa un pesimismo redentor, es partidario del escepticismo activo de Gœthe; cuan-

do ríe, ríe con cierta gravedad; cuando se queja, su lamento es viril. No está satisfecho, pero no es de los desesperados. *Plus ultra* dice siempre. Más, más, gritará como Fausto protestando de Wagner y de todas las almas vulgares. Escritor satírico y crítico de pensamiento sugestivo, observa lo útil y fecundo del precepto horaciano *ludendo pariterque monendo.* Es un pensador que no sistematiza sus ideas porque se lo estorba su delicado sentido artístico. Percibe la virtualidad de la idea, no ahonda en ella, aunque la exprese de modo escultural, porque se va tras la perspectiva y el color. Ha leído y meditado mucho á Schopenhauer, y el tono pesimista, ante la posible contrariedad de las ideas, le atrae. Pero en sus *Salidas de tono* (pág. 63) hay observaciones á granel, de las que acreditan un fino y penetrante juicio. Tenemos muchas anotadas; con sumo gusto transcribiríamos algunas, lo hemos intentado con varias, y ante la dificultad de la elección nos limitamos á recomendar al lector que las lea todas en el libro de Fray Candil, pero que las lea, *leyendo entre líneas*, que no necesitará *quebrarse de sotil* para hallar en ellas un enjambre de ideas, y al fin las ideas son las madres de la vida, pese á todos los empirismos rastreros.

Aunque Fray Candil se da aires muy acentuados de pesimista y pretende vivir, según recomienda Schopenhauer, dentro de su *propia piel*, y aspira á ser catecúmeno de la nueva religión, la de los *Insociables*, quizá obsesionado por los ditirambos que de la insociabilidad entona el propio Schopenhauer, no resulta

tal; es en lo único en que falla el propósito de su libro.

Podrá Fray Candil, como dice, «preferir un enemigo á un amigo,» hacer ostentosa gala de que «no visita á nadie, ni pide ser presentado;» pero todo ello consiste, *cariñoso enemigo*, en que tendrá el buen gusto, digno de aplauso, de huir de ciertos círculos, de evitar medios sociales que parten por el eje. Nada de eso justifica lo insociable. Contra la insociabilidad abundan argumentos en *Capirotazos*.

Las lecturas numerosas y escogidas que Fray Candil ha hecho, los nobles acentos de amor á lo universal, la ley de solidaridad que invoca, todo, todo denuncia bien á las claras que Fray Candil es sociable. ¿Que puede elegir la sociedad y los amigos que frecuenta? Mayor injusticia la suya quejándose..., pues debe comprender que otro tanto harían muchos y no lo hacen por varias razones: la primera (y con esta basta) es porque no pueden.

Víctima de un espejismo, Fray Candil (también nosotros lo hemos de censurar) se cree con más nostalgia de la que realmente siente; parece en ocasiones (verdad que es partidario de un romanticismo *sui géneris*) una mística, torturada por el clavo histérico y á quien no ha sido asequible el goce del gran misterio, el del genio de la especie. Puede y debe consolarse Fray Candil en su celibato impenitente (allá él...) con la fecundidad de su pluma.

Libros como *Capirotazos* son de los que dejan huella con su lectura. En mi pensamiento, algo desimpresionado, huella honda y grata queda. Fray Candil

agita á veces el látigo, y con frecuencia el garfio de hierro que desgarra la carne, pero en este país del matute y de otros excesos vivimos ciertas gentes sedientas de justicia. De forma que leemos con gusto, y aun con signos bien acentuados de asentimiento, que Fray Candil pruebe como dos y dos son cuatro, que por ejemplo, Barrantes es más reaccionario que poeta y posee más audacia para escribir que gusto é imparcialidad para juzgar. A pesar de que es paisano y amigo mío Barrantes, yo estoy conforme con mi enemigo Fray Candil, ultramarino y exótico. ¿Podrá resultar que el amigo se convierta en enemigo por sinceridades como las que acabo de escribir?

Pues citaremos, si no le parece mal al réprobo de Fray Candil, contra amistades que huyen de oir la verdad, *vanitas*, *omnia vanitas*; pero seguiremos creyendo, contra Barrantes y contra Fray Candil, que «la amistad y la familia constituyen la religión de los buenos.»

EL P. COLOMA Y LA ARISTOCRACIA

El P. Coloma y la Aristocracia

POR

FRAY CANDIL (EMILIO BOBADILLA)

NUNCA es tarde, si la dicha es buena. Después de tanto y tanto escrito acerca de la obra del Padre Coloma (*Pequeñeces*), ha aparecido (y casi se puede decir que se ha agotado, tal es el éxito que logra) un folleto de 80 pág iginas de nuestro querido amigo Fray Candil, ocupándose *de* la célebre novela y de su tonsurado autor.

Fray Candil, escritor impresionista, de estilo enérgico y nervioso, de pensamiento recto y certero, de juicio movible, que lo mismo abarca las grandes síntesis que diseca los detalles, *habla claro* y hace *justicia seca.*

No niega algunas de las cualidades que revela el Padre Coloma, un cierto instinto artístico, algo de novelador, pero pone de manifiesto que el éxito de la obra se debe principalmente á que el autor es un jesuíta, y además á que arremete contra la aristocracia. La conoce en lo que ofrece al exterior, la describe y

la analiza en sus exterioridades y en sus vicios de más relieve. La audacia insidiosa de sus pensamientos excede en crudeza á la desnudez de frase del maestro del Naturalismo, de Zola.

Pero los caracteres, lo íntimo, la trama, el océano insondable en que navega el maniquí humano ó el factor personal, eso, todo eso (no es que lo dice, lo prueba Fray Candil) huele á confesonario. Vió el Padre Coloma el mundo aristocrático; quizá lo describe en sus manifestaciones *ad-extra*; pero el génesis del mal, que si quieres...

En cuanto al remedio, ahí está en la novela como verruga y excrescencia el *sermón soporífero*, que no convence ni al que lo predica...

Una novela descriptiva de primera fuerza, rasgos y tonos satíricos con un vigor que recuerda á Quevedo, he ahí los méritos de *Pequeñeces* y de su autor. Prescindid del asunto llamativo (censurar á la aristocracia, que aun en sus postremerías estorba) y haced caso omiso del autor, un jesuíta, y no se concibe el éxito, ni que *poligrafa* del fuste de la Sra. Pardo Bazán ponga sobre su cabeza como *chef d'œuvre* la producción del solitario de Deusto.

¿Cómo había de ahondar el Padre Coloma en el génesis del mal? Aristocracia que está podrida (¡cuán cruel es la lógica!), y sin embargo, toda ella educada por los jesuítas...

¿Cómo va á indicar el remedío? Si en los comienzos de la vida, cuando la impresión es mas honda, resulta contraproducente esa educación aparatosa, ese

orgullo de la modestia, ¿qué eficacia ha de tener á última hora?

El arrepentimiento tardío, el *Providencialismo* del que gira en la vida presente letra de cambio que ha de cobrar, cuantiosamente aumentados sus intereses, en la existencia ultraterrena, son apósitos y vendajes que no valen para el que *ya pasó el sarampión*.

Si el Padre Coloma, antes de meterse á fraile, comió carne en el mundo aristocrático (posibilidad que infiere lógicamente Fray Candil) y conserva el olor nauseabundo á que se refiere la frase que cita al comienzo de la novela, quizá puede argüírsele como el Sr. Silvela al Sr. Nocedal, que no huele sólo á muerto dentro de la aristocracia, sino también en el seno de la Compañía de Loyola. Ambas instituciones disfrutan todos los bienes terrenales, la una con el delirante aparato del que paso á paso se suicida, y la otra con la cautela de quien vende el Paraíso con parsimonia y por dinero.

Pero influencia positiva, real, viva y amorosa en las conciencias (salvo las que avasalla, la una con sus dones, la otra con sus amenazas), ni la tienen ya, ni la podrían recuperar. Síntoma de la propia descomposición es que dispare el Padre Coloma el segundo cañonazo á ver si alcanza donde no llegó el primero, el del Padre Mon. Fuegos vivos, que á ciertas gentes no nos alcanzan, pueden ser anotados como síntomas sugestivos de tiempos que se avecinan, en los cuales no habrá más aristocracia que la del trabajo, ni oración superior á la de las buenas obras.

El escritor queda reducido á su jerarquía propia por las críticas y censuras á vuela-pluma que hace Fray Candil del estilo de la novela (páginas 57 á la 78 del folleto). El predicador ó moralista (la tesis de la obra) no satisface ni aun á la Sra. Pardo Bazán, que colma de elogios al autor de *Pequeñeces* y le censura su providencialismo como *deplacé*.

Que el éxito de la obra supera á lo que por acá se estila, es indudable; que hay en el arte *efectismo* pasajero y vida perdurable, es cierto; que, á más de la fama, que suele ser infame, existe la gloria que no desaparece, según dice Campoamor, también es exacto. Bien puede el éxito de *Pequeñeces* ser hijo del efectismo y de la fama. Desde luego, aparte el alto y *desinteresado* interés del arte, que no puede ni tiene para qué señalar con *piedra blanca* la aparición de *Pequeñeces*, el ariete del Padre Coloma, aun en sus golpes más certeros, da en yunque algo carcomido; pero la mazá que esgrime no es de las que funden y cincelan.

¿Quién sabe si el duelo, real ó fingido, que el Padre Coloma describe en *Pequeñeces* entre la aristocracia y la Compañía de Loyola, es danza macabra ó juego malabar entre dos instituciones igualmente muertas en la conciencia pública? Si tal conjetura, que parece justificar la ley histórica, llegase á convertirse en realidad, ¡qué Hamlet más épico haría Fray Candil leyendo y comentando ante esas grandezas que fueron y ante ambiciones malogradas las substanciosas y aguerridas páginas de su folleto, que recomendamos muy de veras al lector!

MUSEUM

MUSEUM

FOLLETOS LITERARIOS (VII)

POR

CLARÍN (LEOPOLDO ALAS)

De Clarín no se puede hablar en el tono normal; hay que odiarle y aun ser injusto con él, como les sucede á Bonafoux y á M. del Palacio, ó elogiarle hasta el encomio, que es lo que á mí me acontece y procuro hacer siempre, no por correspondencia á inmerecidas alabanzas, sino por la sincera admiración que me causa su talento.

Para Clarín no se ha hecho el término medio; no es una medianía, es *personalidad* crítica y artística, que excede de lo vulgar; ó se le odia con odio africano, ó se le ensalza hasta las nubes; porque en sus producciones pone sus propias ideas, pero pone también un tantico de sus simpatías y preferencias, y cuando las que rodea de auréola son las antipatías de otros,

vuelven contra él con saña y le aplican algo de la injusticia que á veces el propio Clarín emplea.

Es Clarín *apasionado*, pero casi siempre se apasiona de causas nobles, y entonces la pasión es... muy hermosa. Siempre es bueno algo de pasión. Aunque se la considere generalmente como un mal, la pasión que se siente por lo bueno y por lo justo, la que inspira el noble espíritu de innovación y reforma es digna de loa. Es menos llevadera la inacción que el dolor. El *ojo húmedo* de Bacón, la mirada intelectual rociada por la pasión de lo verdadero, es el sol brillante y reparador de Mayo, es la luz y el calor, factores de toda vida. La lucha es la vida. Los innovadores del pensamiento son los que encuentran quienes les critiquen y combatan. Los *dulzones eclécticos*, semejantes á las esponjas absorben todo, no niegan nada ó casi nada, dejan semi-satisfechos á todos y contento á nadie No encuentran quien les combata. Pero en la lucha, la reacción y la acción deben corresponderse. Toda verdad nueva es una protesta, y toda protesta implica pasión...

Aparte su apasionamiento, no pretendo yo decir que Clarín no tenga otras faltas (las tendrá, pero yo no las veo); lo que sí afirmo resueltamente es que cuidan sus cariñosos adversarios de ponérselas delante á toda hora; porque Clarín es de los que critican y á la vez da lecciones sobre el terreno, es decir, de los que producen. Dió á luz su *Regenta*, y poco ó nada pudieron clavar las uñas en obra tan magistral (aunque un tanto diluída) sus émulos; pero se le antojó

dar una conferencia en el Ateneo sobre Alcalá Galiano, y él, Clarín, que tiene en la cabeza un libro (que algun día escribirá) acerca del gran orador, no consiguió más que acometer un empeño, del cual no salió muy lucido. Allá va carne para las fieras; apenas si le dejaron hueso sano al vapuleador de ripios y al Nerón contra el mal gusto. A veces se permite escribir renglones desiguales, que serán correctos, pero que á mí no me agradan, y los *filisteos* la emprenden de nuevo contra él.

Ni quito ni pongo rey; las censuras estaban justificadas en ambos casos: que consientan sus enemigos (más que sus adversarios) que un sincero admirador de su talento alabe, no sus versos, que me parecen medianos, ni su conferencia, que se me antoja soporífera, sino sus *Folletos literarios*, de los cuales lleva ya publicados siete (1).

Los folletos literarios de Clarín (*Un viaje á Madrid—Cánovas y su tiempo—Apolo en Pafos—Mis plagios—Á 0'50 poeta—Epistola—Rafael Calvo y el Teatro Español—Museum*), constituyen una obra magis-

(1) Ha publicado después de escritas estas líneas, Clarín su VIII folleto literario (*Un discurso*). De forma irreprochable, de vuelo y trascendencia en el pensamiento, el último folleto de Clarín es de los que plantean problemas tan importantes como el del sentido que deban tener en lo sucesivo la instrucción y la educación.

Como si fuera un paso atrás, juzgan algunos el *discurso* de Clarín. Que sugiere problemas y no los resuelve, nos parece á nosotros.—*Qui vivra verra.*

tral. ¿Con lunares? Seguramente. Por tales tengo el segundo, el cuarto y el quinto, y como presumo que el lector los conoce casi todos, creo excusado advertir que estos lunares proceden de lo acre de su pasión y de lo violento de polémicas que se entablan con ciertos aires dogmáticos, que hace tiempo están mandados recoger, censura que me permito hacer extensiva á Clarín y á sus detractores.

Pero el conjunto de los *Folletos literarios* llegará á ser en la historia interna de nuestra cultura lo que la *Comedia humana* de Balzac, en la sociedad que describe; una fotografía semoviente. Ni los *Lundis* de Saint-Beuve, ni los trabajos críticos de Daudet y los Goncourt (salvo siempre la diferencia de asunto) igualan en mérito real y positivo, en talento de observación y en gracia y donosura á los *Folletos literarios* del crítico ovetense. Corre por los folletos literarios un aliento de verdad y de vida, que cuando se medita lo que en ellos se lee, se duda si el *buzo del pensamiento* que los ha escrito trata de obras y autores distintos de su propia personalidad; ¡tan plásticamente recoge en el foco reverberante de su talento Clarín todo aquello que critica!

Además, aparte la lucha violenta, rayana en la injusticia, cuando Clarín ataca y se defiende, razona con una lógica incontrovertible y superior á todo elogio. Basta para convencerse de ello leer el folleto cuarto (no la primera parte), *un discurso de Núñez de Arce*, donde con el mismo respeto con que Pedro Crespo ahorcaba al capitan seductor, Clarín tritura

los escarceos que se permitiera el gran poeta contra la novela y su innegable influencia en la vida y cultura sociales. Así contesta Clarín á los que censuraban (quien esto escribe se lo censuraba también y humildemente recibe el palmetazo) su afán de triturar á las medianías y embotar sus flechas cuando iban dirigidas contra las reputaciones ya hechas.

No tiene Clarín, no, *jorobas en el alma*, como decían sus enemigos. Reparte por igual y con justicia sus censuras. *Sancta sancté sunt tractandæ*, dice Clarín. Y es claro que no habrá fuerza humana que le convenza de que debe censurar de igual modo un ripio en Campoamor, que la selva de ellos en un bohemio de los que elogia arteramente el autor de las *Doloras*, sólo porque le dicen y él lo oye (aunque no lo cree) que le imitan. Cuando Clarín censura á los grandes (que en todo hay jerarquías y se puede ser demócrata de veras respetándolas), se pone serio y su humorismo no rasga las carnes, ni su sátira tiene á la punta de una gracia un garfio de hierro. Tal acontece con su último folleto, *Museum*, donde se ocupa de la *Poética de Campoamor* y de *Emilia Pardo Bazán y sus obras*. Censura á ambos autores, pero con cierto aire de admiración y respeto, que parece superfluo justificar. Quizá el folleto, en su lectura general, resulta menos movido y menos interesante (para el efecto del momento) que otros; pero en cambio gana mucho la sinceridad del pensamiento y no pierde nada la perspicacia del juicio. Además, las censuras van justificadas y con su correspondiente alegato y producirán

(sin cándidos optimismos) su efecto beneficioso en aquellos eximios escritores á quienes van dirigidas.

¿Cómo salva Clarín el conflicto que él mismo se busca en parte de criticar y aun decir sendas verdades á Campoamor, que no tolera censuras y se pone más pastoso que es su natural, con los elogios? ¿Cómo libra Clarín el escollo en que se ha entrado, de decir algo seriamente pensado contra la Pardo Bazán, que es una autoridad literaria y que por su reputación y por su sexo no es un grano de anís?

Ya puede suponerlo el lector, quizá lo habrá leído en el mismo folleto. Clarín resuelve el conflicto y libra el escollo, dejando á salvo todo lo digno de respeto, pero pagando tributo á lo que es respetable por encima de toda otra consideración, al amor á la verdad y á la dignidad del ministerio que cumple con su oficio crítico, que si alguna vez humorísticamente él denomina oficio de *albañil literario*, otras le hemos oído seriamente afirmar (y aun lo creemos) que no le cambia por el ideal (realizado) de tanto Venancio González como pulula por el salón de conferencias.

Con transcribir lo que dice Clarín de esta aparente (que no real) lucha de deberes, se colige con toda precisión cómo puede un escritor de su talento (sin alardear de serio, ni de rígido) mostrar *moralidad científica*; que hay y se exige honradez en las lides del pensamiento como en todas las relaciones humanas.

« La amistad y el consorcio de las ideas (dice Clarín, pág. 67, *Museum*) entre las almas bien na-

»cidas y propiamente serias, llegan á un punto, si »cierta edad les acompaña, en que se deben esa aus- »tera y última sinceridad pura, que consiste en reco- »nocer fielmente y declarar el aislamiento en que, »por necesidad, viven todos los espíritus, y más los »que algo piensan y aspiran á ganarse por su pro- »pio esfuerzo una verdadera *personalidad* bien cons- »ciente. El afecto y la simpatía que subsisten, des- »pués de reconocidos y explorados estos mares que »separan las almas, como islas de islas, valen más que »todos los entusiasmos de concordancias nebulosas, »amañadas, sin clara conciencia del amaño, y que »después de desvanecidos, por no querer confesarlo, »dan ocasión á menudas perfidias, á cavilosidades y »alevosías y picotazos de liliputienses.»

Que Clarín es hombre de talento y que escribe (señaladamente de lo que entiende y siente) como quiere, ya lo sabíamos todos y no lo ignoraba ninguno de los que le zahieren; que es un hombre bien sentido y de recta intención, todos lo aprenderán leyendo lo que dejamos transcrito, todos, incluso los que le suponían *jorobas en el alma. Vir bonus et peritus.*

Que no desanimará en su nobilísima empresa continuando la publicación de sus *Folletos*, como no desanimaron en condiciones menos favorables Schiller y Gœthe en escribir sus *Die Xenien*, yo lo doy por sabido, y si Clarín lo ignora, le advierto que este saber tiene la base de la clara conciencia, que hay que atribuir al propio Clarín, de la empresa, que ha acometido y que va cumpliendo, *pese á quien pese.*

ÍNDICE

Al lector..... v
Revilla..... 3
El Ateneo de Madrid..... 37
Moreno Nieto..... 57
La Hermana San Sulpicio, novela de costumbres andaluzas, con un prólogo por Armando Palacio Valdés. 99
La Espuma, novela de costumbres contemporáneas por Armando Palacio Valdés..... 115
La Crítica en España..... 123
Capirotazos.—Sátiras y Críticas por Fray Candil (Emilio Bobadilla)..... 133
El Padre Coloma y la Aristocracia, por Fray Candil (Emilio Bobadilla)..... 141
Museum.—Folletos literarios (VII) por Clarín (Leopoldo Alas)..... 149

AUG 12 1919

FE DE ERRATAS

Páginas	Línea	Dice	Debe decir
15	19	rigurosa...	vigorosa.
23	24 y 25	idéntidos..	idénticos.
48	3	motor.	autor.

~~216 MAY 18~~